LA DIRECCION ESCÉNICA.

GALERÍA DRAMÁTICA DE OBRAS ESCOGIDAS.

¿QUIÉN ES ÉL?

COMEDIA EN TRES ACTOS.



Se vende en Madrid en la librería de *Cuesta*, calle de Carretas.

Catálogo de las obras de esta Galería.

Padre y Rey, drama histórico en tres actos.

¿QUIÉN ES ÉL?

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL Y EN VERSO

DE

D. FRANCISCO MANUEL DE MENDIALDUA.

Representada por primera vez con aplauso en el Teatro del Circo el dia 10 de Abril de 1860.



MADRID.—1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,

calle de Pelayo, núm. 26.

PERSONAS.	ACTORES.
DON ANTONIO.	D. JUAN CASAÑER.
DON BRUNO.	D. ANTONIO CAPO.
LUISA.	DOÑA ROSA TENORIO.
ISABEL.	DOÑA ADELA ALVAREZ.
DON AMALIO.	D. RAMON BENEDÍ.
UN CRIADO.	D. N. MORENO.

La escena pasa en Madrid, en casa de D. Antonio.

Los papeles de estudio, listas de guardarropía y maquinaria, y guion de salidas, se hallan de venta á 12 rs. en casa de los comisionados de esta galería.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala elegantemente amueblada. En el fondo una puerta. Puertas laterales, que dan á dos gabinetes. A la derecha, en primer término, un balcon.

ESCENA PRIMERA.

D. Bruno.—D. Antonio, *mirando á la calle por entre las cortinillas del balcon, escuchando apenas á su amigo.*

D. Brun. Con que lo dicho.
D. Ant. Lo dicho.
D. Brun. Dila que yo...
D. Ant. Por supuesto.
D. Brun. Háblala de mis...
D. Ant. Ya estoy.
D. Brun. Y mis...
D. Ant. Y tus... Bueno, bueno.
D. Brun. Dila que peno por ella.
Dila...
D. Ant. Corriente. (El muñeco!)
Descuida.
D. Brun. Y no te se olvide
hablarla de mi talento.
Estás?
D. Ant. Estoy.
D. Brun. Y tambien
puedes decirla que tengo...

D. Ant. Sí, si, ya sé lo que tienes.
(Y el pollo sigue impertérrito.)
D. Brun. Y no está demás que añadas,
aunque es lo que importa menos,
que casándose conmigo
se puede hacer cuenta...
D. Ant. (El nécio!)
D. Brun. De que se casa con ocho
pares de mulas.
D. Ant. Es cierto.
(Por vida de...) Adios.
(Se separa del balcon; coge un sombrero, que encuentra al paso, y váse precipitadamente por el fondo.)

ESCENA II.

D. Bruno, *corriendo hasta la puerta del fondo.*

D. Brun. Escucha.
Dila que por ella muero.
Me abandona sin oirme!
Ay! amor cómo me has puesto!
Amor! Ay! Corazon mio,
yo voy á perder el seso.
El amor á los cuarenta
es un sinapismo récio,
que vá comiendo la carne
y nos chupa hasta los huesos.
Ya se vé, yo soy así,
tan... Cómo dicen? Paleto.
Los que de esas ceremonias
que aquí se usan no entendemos,
somos tratados de záfios,
y de... Vamos, no hay remedio,
debo hacerme cortesano
para conquistar su afecto
y poder irme casado
con Isabel á mi pueblo.
Lo que hace el amor!... Dios quiera
que no pierda en valde el tiempo.
Hoy, vamos, no estoy muy mal.

(*Se mira al espejo.*)
Este fraque está bien hecho.
La corbata es *come il fó*,
segun dice mi barbero.
Saltarini me ha enseñado
cinco saludos de efecto.
(*Haciendo saludos ridículos.*)
Este para las señoras
de alto tono y de respeto
por su edad y posicion.
Este para sus egregios
consortes... A las casadas
jóvenes... Ay! no me acuerdo.
Saltarini de mi alma,
un grave conflicto temo.
Si acaso... Nécio de mí!
Voy á buscar al maestro.
Pero, y si Isabel, mi dulce
y doloroso tormento...
Ay!... ya llega. A las solteras...
Ah!... respiro. Ya me acuerdo.

ESCENA III.

ISABEL.—D. BRUNO.

ISABEL. Amigo señor don Bruno!...
D. BRUN. Señorita, á vuestros pies.
(Se ha sonreido!... Así es.
Gracias, mi Dios trino y uno.)
Ya sé que está usted tan guapa.
ISABEL. De veras?
D. BRUN. (Nécio de mí!)
Tan sílfide, tan... Aquí
con padre... (Solté otra papa.)
Con su papaito he estado,
y le pregunté...
ISABEL. Agradezco...
Siéntese usted.
D. BRUN. Si merezco
tanto honor, ya estoy sentado.
(*Sentándose.*)

(Esto ya no lo hice mal.)

ISABEL. Voy á hacer que á Luisa llamen.

D. BRUN. (*Corriendo á detener el brazo de Isabel, que vá á tirar del cordon de la campanilla.*)
Yo no soy de ese dictámen.
Aguante usted.
(*Aparte comprendiendo su imprudencia.*)
(Animal!)
Ella estará en sus quehaceres.

ISABEL. Se vá usted?

D. BRUN. Cómo? Irme yo!

ISABEL. (*Saludando.*)
Caballero...

D. BRUN. No, si no
me voy. (Qué dura que eres!)
Quiero darla un recadito,
y esto es lo que aquí me trajo,
aunque me cuesta trabajo
y no puedo... (Yo estoy frito!)

ISABEL. Un recado? A Luisa?

D. BRUN. Ca!
A la... Vamos... Sea usted clara.
No sabe usted, prenda cara,
lo que sabe su papá?

ISABEL. No tengo tanto talento.

D. BRUN. Oh! No niega usted la casta.

ISABEL. Gracias!

D. BRUN. Yo lo digo, y basta,
porque lo que digo siento.
Antonio al pormenor sabe,
y usted debe de saber
que usté y yo... vamos á ver.
(Aquí lo del yugo suave.
Cómo lo diré?)

ISABEL. Adelante.
Esplíquese usted, D. Bruno.

D. BRUN. Me llamará usté importuno?

ISABEL. Le llamaré á usted galante.
(Es tan corto!)

D. BRUN. Voy allá.
(Amor no es ciego, que es mudo.)

ISABEL. (El pobre, si no le ayudo...)
Luisa viene. Aquí está ya.

ESCENA IV.

LUISA.—*Dichos.*

ISABEL. Luisa!
LUISA. Isabel!—Caballero...
D. BRUN. Señorita, á vuestros pies.
(Torpe de mí! Si no es
soltera. Habrá chapucero!)
LUISA. Tome usté asiento.
D. BRUN. En la silla?
LUISA. No señor. En el sofá.
D. BRUN. Con licencia. (Quién dirá
que es ya madre esta chiquilla.
Saltarini se ha olvidado
de decirme...)
ISABEL. (*Aparte á Luisa.*)
Haz que te diga...
Don Bruno...
(*Saluda y váse.*)
D. BRUN. Cruel enemiga!...
Me abandona.)

ESCENA V.

LUISA.—D. BRUNO.

LUISA. (Está cortado.
Pobrecillo!...) Y bien, qué tal
le parece á usted la córte?
D. BRUN. Estos paises del Norte
me parecen bien y mal.
Sopla un aire tan sutil,
que, como dice el refran,
mata al más fuerte galan,
aunque no apaga un candil.
LUISA. Eso es exageracion.
D. BRUN. No, señora. Lo repito.
Más aquí en Madrid tirito
que sudo en Almazarron.

Aquel si que es pueblo hermoso!
Qué bigueras y melonares!...
Allí con mis ocho pares
he vivido muy dichoso.
Ay, señorita!...—señora.—
Por qué abandoné mi tierra?
Dejé la paz por la guerra
cuando aquí vine en mal hora.
Oh! qué vida allí llevaba!
Oh! qué vida!... Como un rey.
Bien dice el refran. «El buey
suelto...» A ninguno envidiaba.
Por todos era querido
y por todos respetado.
Vivia libre y honrado,
más amado que temido.
En cualquier calamidad,
mi auxilio el pueblo invocaba,
y yo siempre procuraba
su paz, su felicidad.
El honrado labrador,
que la simiente perdia,
de mis granos disponia
hasta otro tiempo mejor.
Huérfano de padre y madre,
que desvalido quedaba,
nunca en vano me rogaba;
en mí siempre hallaba un padre.
Los pobres, de penas hartos,
los domingos acudian
á mi casa, y recibian
de mi mano algunos cuartos.
Y gratitud me mostraban
sin reflexionar quizás
que valia mucho más
la alegría que me daban.
Aunque es cierto que vivía
sin parientes, sin esposa,
pasaba una vida hermosa;
todo el pueblo me quería.

LUISA. Oh! qué hermoso corazon!
Hacer bien es su ventura.

D. BRUN. Perdone usted mi locura;

he hablado sin reflexion.
Cuando uno triste se siente,
tan solo en lástimas piensa!

LUISA. Qué caridad tan inmensa!

D. BRUN. Llora usted? Impertinente!...
No piense usted, que tambien
otros goces he tenido.
Unas bromas he corrido!...
Más quién piensa en eso, quién,
cuando el alma?... Bah! no quiero
afligirla!

LUISA. Amigo mio!

D. BRUN. Digo que me gusta el frio,
aunque soy muy friolero.
Me vá muy bien en Madrid,
mejor que en Almazarron;
me he quejado sin razon,
soy muy tonto. (Soy un Cid.)

LUISA. Usted en fingir se afana
por no afligirme.

D BRUN. No tal.
(Vamos, soy más animal
que el Alcalde de Totana.)

LUISA. Por qué no corre usté en busca
de esos goces seductores?

D. BRUN. El hombre, en sintiendo amores,
sin saber cómo, se ofusca.
(Ya se lo encajé.)

LUISA. Es amor
la causa de su tormento?

D. BRUN. Lo mismico que lo cuento.
Vá usté á ser mi confesor.
Huérfano quedé á los treinta
en mi hermoso Almazarron,
dueño de un gran caseron,
dos molinos, una venta,
unas huertas, las más ricas
de mi provincia abundosa.
Ay, qué fruta tan sabrosa!
qué naranjos! qué higuericas!
Ocho pares, con que apenas
puedo mis campos labrar;
muchas vacas, palomar,

y mil ovejas muy buenas.
Cuando mi padre murió,
se fué á la gloria derecho;—
sentí... aquí dentro del pecho,
sentí... sentí... qué sé yo!
Creí que con él me iria
á conocer á mi madre;
mas Dios me dijo: «tu padre
está aqui en mi compañía.»
Don Inocencio, el buen cura,
me dijo que lo creyera;
que vivir mi deber era,
y orar en su sepultura.—
Con mi hermana en paz viví
y Marcela, á quien queria
como á madre, hasta que un dia
solo en el mundo me ví.

LUISA. Infeliz!

D. BRUN. Cesó el dolor
que me destrozaba el alma
con el bálsamo, que calma
la angustia del pecador
devoto, el Dios de bondad,
como el buen cura decia;
pero siempre me afligía
en casa la soledad.
Desde niño, al matrimonio
he tenido inclinacion,
y de ello testigos son
Don Inocencio y Antonio.
Cuando este se casó, ya
hace treinta y dos del pico,
estaba yo hecho un borrico
por la chica de Alcalá!
Todos eran desengaños
los que la amistad ofrece;
pero yo estaba en mis trece,
porque eran trece mis años.
Antoñico y el buen cura,
mucho los dos me apreciaban,
sanos consejos me daban.
Me decian: «Qué locura!
Espera á los diez y seis.»

La edad de Antonia ésta era;
pero ella no tuvo espera,
se casó con un Marqués.

LUISA. La traidora!

BRUN. Ahora me alegro.
El pasó la pena negra
con una suegra... qué suegra!
y con un suegro... qué suegro!
Cuando Antonio quedó viudo,
volvió por Almazarron;
yo estaba ya hecho un varon,
muy robusto y bien barbudo.
Pero lo mismo que un chico
amaba á Inés, á la nena
de don Trifon, una hiena
con un rostro de angelico!...
Antonio me aconsejó,
me dijo: «Espérate un mes,»
y me entretuvo, y despues...
Ay! de buena me libró.
Y al despedirse de mí,
cuando se fué Bruno, dijo,
«Voy á hablarte como á un hijo.
Me creerás?—Mucho que sí.—
Cuando pienses en casarte
con alguna, ten paciencia,
pide á tu razon licencia,
procura no alucinarte.
Y despues de meditarlo
todo un año, has de esperar
otro, para efectuar,
si no puedes remediarlo,
el sacrificio.»—Corriente,
contesté, te lo prometo.
Y á sus palabras sujeto
pasé un año, y otro, y veinte,
y mujer no pude hallar.
La que un año me engañaba,
año y medio no aguantaba,
y entonces, vuelta á empezar.
Yo la buscaba ante todo
discreta, buena y hermosa,
y eso es tan difícil cosa

como morderse uno el codo.
Há seis años, volví á ver
á Antonio, en Murcia, en la feria:
yo hablaba entonce á Quiteria,
dos años iba ya á hacer.
Pero á Antonio acompañaba
un capullico de Abril,
prodigio de gracias mil,
y un talento que pasmaba.
—Chico, quién es esa chica?
le dije medio embobado.
Cómo, otra vez te has casado?
—Si es mi hija.—Isabelica?
—La misma.—Si está tan alta!
Es ya una moza: estoy lerdo.—
Siempre que de esto me acuerdo,
el corazon se me salta.
Ella, entre risueña y séria,
mis requiebros escuchó
tóda aquella tarde, y yo...
no pensé más en Quiteria.
Desde aquel dia no sé
lo que ha pasado por mí;
mi tranquilidad perdí,
y mi alegria se fué.

LUISA. Pero cómo en tantos años...

D. BRUN. Metido en Almazarron,
no hallaba resignacion
para tantos desengaños.
Cuando á Antonio le escribia,
«espera,» me contestaba,
y «espera» me replicaba
cuando á la carga volvia.
(*Aparece Antonio en la puerta del fondo.*)
«Espérate,» y entretanto
él contrajo matrimonio
con un ángel... Ese Antonio
tiene un corazon de canto.
—«Es muy jóven.» Vive el cielo!
que era jóven me decia,
mientras con una se unia
de quien puede ser abuelo.

LUISA. Qué locura!

ESCENA VI.

Dichos.—DON ANTONIO.—*Poco despues* ISABEL.

D. Antonio, lleno de ira, corre hácia Don Bruno y le coje del cuello por detrás.

D. ANT. (Vive Dios!)
D. BRUN. Ay!
D. ANT. (Abuelo!)
D. BRUN. Al asesino!
D. ANT. (*Reprimiéndose.*)
(Tente, Antonio.)
LUISA. Pero, hombre...
D. ANT. (Teme ante todo el ridículo.)
ISABEL. (*Acercándose á él.*)
Pobre Bruno!
D. BRUN. Me ha hecho sangre?
D. ANT. Qué cutis tiene tan fino!
D. BRUN. Vaya un arrebato! Tú
no tienes cabal el juicio.
D. ANT. Iba á cojerte una abispa
que sobre tu cuello he visto.
D. BRUN. Pues mira, sobre mi cuerpo
no caces otra vez, chico;
que tú debes de matar
á balazos los mosquitos.
Mira qué bien perjeñado
me has dejado! Te has lucido!
LUISA. Isabel, á tí te toca
satisfacer al amigo
de tu papá, que se queja
con razon.
ISABEL. Yo no adivino...
LUISA. Arréglale la corbata.
ISABEL. Pero...
LUISA. Réplicas no admito.
ISABEL. Voy.
(*Se acerca á Don Bruno.*)
D. BRUN. Señorita...
(*Isabel se pone á arreglarle la corbata.*)
D. ANT. (El camueso!...)

Abuelo!... No, no lo olvido.)
D. Brun. Ay! ay! ay!
Isabel. Le hago á usted daño?
D. Brun. No. (Ay! qué dedos, qué dedicos!
Me hace cosquillas.)
Isabel. Ya está.
D. Brun. (Ay! qué pronto ha concluido!)
Muchas gracias, señorita.—
(*A Don Antonio.*)
Cójeme otra avispa, chico.
Luisa. Oye, Antonio.
D. Ant. Qué, hija mia?
(Nieta debiera haber dicho.)
Luisa. Tu amigo Sanz, el pintor,
billete nos ha traido
para ver la exposicion.
Pudiera venir tu amigo
con nosotros, si le agrada.
D. Ant. (*Con sequedad.*)
Hoy no puedo, un compromiso...
Luisa. Si no puedes...
D. Brun. Imposible.—
Vaya, estoy hasta impolítico.
vá á sospechar...) Id vosotros.
Luisa. Si tú no vas...
D. Ant. Ya la he visto.
Bruno os acompañará.
No soy yo de esos maridos,
que disfrazando sus celos
con máscara de cariño,
de su mujer á las faldas
parece que van cosidos.
(Cuando ántes salí, no estaba.
Sin duda se habrá ya ido.)
Luisa. No yendo tú...
D. Ant. Eso no importa.
Vamos, id, yo os lo suplico.
Bien. No haremos esperar.
Luisa. Vamos. Pronto nos vestimos.
(*Vánse las dos.*)

ESCENA VII.

DON ANTONIO.—DON BRUNO.

D. BRUN. Dime: cumpliste mi encargo?
D. ANT. Tu encargo? Ah! ya. No he podido
hacer aun nada.
D. BRUN. Por qué?
No quieres ser suegro mio.
La verdad es esa.
D. ANT. (Abuelo!...
Tú sabrás cuantas son cinco.)
Hombre, yo, si he de ser franco,
tengo mis dudas, vacilo
porque...
D. BRUN. Por qué?
D. ANT. Tales cosas
hay que pensarlas muchísimo.
D. BRUN. Diez años há lo pensamos;
y pienso que si seguimos
pensando, con tanto pienso
nos haremos dos borricos.
Mira que el tiempo se pasa,
mira que no somos niños,
mira que tú te has casado
con Luisa, has tenido un hijo,
que ya se anda en el Caton
y crece que es un prodigio,
mientras piensas si podré
tener otro tan bonico.
Mira que Don Inocencio
desde el púlpito lo ha dicho:
« Odio y celos sufre el hombre
que se encierra en su egoismo. »
D. ANT. (Con su gramática parda
me está hiriendo en lo más vivo.)
D. BRUN. Antoñico, no te olvides
de que desde que nacimos,
digo, desde que nací,
que tú ya andabas solico
cuando me dió á luz mi madre...

D. ANT. Bruno, yo nunca me olvido
de la amistad.
D. BRUN. Eso quiero
que me pruebes.
D. ANT. Ahora mismo.
Cuando vistes á Isabel,
hace diez años...
D. BRUN. Cumplidos.
D. ANT. Conocí tu inclinacion
con un grande regocijo,
que ella misma trocó en pena
con insulsos amoríos.
D. BRUN. Cómo?
D. ANT. Bruno, no te alarmes,
pues fueron juegos de niños.
Cuando me casé con Luisa,
mi placer hubiera sido
efectuar al mismo tiempo
las dos bodas; pero, amigo,
yo no quise violentarla.
D. BRUN. Con qué ella que nones dijo?
D. ANT. Cá! No dijo una palabra;
porque ni tú por escrito,
ni yo verbalmente, nada
sobre el caso la digimos.
D. BRUN. Ya!... Si ella nada sabia...
—Hombre, sabes lo que digo?
D. ANT. El qué?
D. BRUN. Que para tus cosas
tienes el génio más vivo.
D. ANT. Mi casamiento con Luisa,
un lazo fué contraido
por el deber y el amor,
la compasion y el cariño.
Huérfana la pobre, bajo
la tutela de su tio,
sufrió como mártir santa
sus tratamientos indignos.
El tio, para esplotarla,
quiso buscarla un marido,
que á todo dijera amen,
cómplice de su delito.
Otra parienta enteróse

de todo; yo era su amigo,
y como abogado pude
libertarla de su tio.
Entonces la amé en silencio.

D. **Brun.** Y esperastes mucho, chico?
Estuvistes, como yo,
tanto tiempo?... Aunque es distinto.
Isabel no tiene nada
que agradecerme.

D. **Ant.** Muchísimo.
Tú la amas: por ella hicieras
el más grande sacrificio

D. **Brun.** Eso es verdad.

D. **Ant.** Poco tiempo
despues, la historia prosigo,
murió la buena señora,
y antes de morir me dijo
que su sobrina me amaba,
y que el amor que escondido
guardar procuré, sus ojos,
traicion me hicieron los mios,
habian leido en mi alma
con el júbilo más vivo.
Luisa quedó otra vez huérfana,
y al año fuí su marido.
Ya ves...

D. **Brun.** Sí, sí, sí, ya veo.
Más, dime, será preciso
que Isabel se quede huérfana,
para que yo?...

D. **Ant.** Te lo he dicho,
para que no me reprendas,
como antes, por mi egoismo,
y tambien para advertirte
que has de pasar más martirios
si te casas, que...

D. **Brun.** Yo quiero
ser mártir casado, chico,
mejor que vírgen y mártir,
si el ser mártir es mi sino.
—Mas, dime, tan mal te vá
casado?

D. **Ant.** Ningun motivo

de queja me ha dado Luisa,
y hasta creo en su cariño.
Pero cuando uno es ya viejo...

D. Brun. Si pareces un chiquillo.

D. Ant. Un viejo para una niña...
Vaya! Si piensas lo mismo
que yo, cuando tú te cases...

D. Brun. Yo no, yo tengo sentido.
No lloro por cada año
que pasa. Además, opino
que soy más jóven que otros,
que envejecen con sus vicios:
calvos á los treinta años
y con los dientes postizos;
ó que otros, que á los cuarenta,
con más panza que un botijo,
van por la calle como esos
que llevan los organillos.
No señor, yo soy muy fuerte.
No tengo canas, camino
más ligero que un zagal,
y luego además medito
que las mujeres son viejas
veinte años ántes, y, chico,
yo á Isabel solo le llevo
catorce.

D. Ant. Sí, es positivo.
(Yo le llevo veinticuatro
á Luisa, más no lo digo,
por si acaso se le escapa.)
Y yo le llevo los mismos
á mi mujer.

D. Brun. Sí? pues mira,
ninguno lo hubiera dicho.
Mas volviendo á lo que importa,
Isabel...

D. Ant. Yo he combatido
sus malas inclinaciones,
y haciendo tu panegírico
muchas veces, he logrado
que te tome algun cariño.

D. Brun. Si fuera verdad...

D. Ant. Lo es.
Mas nunca le dí motivo

para hacerla adivinar
nuestros proyectos. Con tino
he procurado que nunca
sienta por tí ese desvío,
que ellas sienten casi siempre
por el hombre que elegimos
para marido los padres.
En estas cosas, preciso
es andar con pie de plomo.

D. BRUN. Sí, sí, de plomo macizo,
que para avanzar un paso
se necesitan cien siglos.

D. ANT. No tanto, Bruno, no tanto.
Yo casi habia vencido
los obstáculos, pensaba
llamarte, y que el decisivo
golpe no dieras en vago;
mas nos coge de improviso
á tu llegada imprevista
cierto percance...

D. BRUN. Dios mio!

D. ANT. (Antes que todo soy yo.
Quiere llevarse el testigo
de mi esposa, mi Isabel.)

D. BRUN. Por Dios, Antonio!...

D. ANT. (Magnífico!)
Ten valor, ten esperanza.
Conjuremos el peligro.
Espera. Dentro de un año,
tal vez ántes...

D. BRUN. Sí, por Cristo!...
Que espere! Tanto esperar
desespera al más bendito.
Pero, qué percance es ese?

D. ANT. Un pollo...

D. BRUN. Cómo! Qué has dicho?
Un pollo?

D. ANT. Ya ves, no es grande
el obstáculo, y confio
en que ahuyentarle podremos.

D. BRUN. Un pollo!... Aunque fueran... chico,
yo me atrevo hasta con cuatro.
—Por supuesto han de ser fritos

con tomate.

D. Ant. Y francamente,
yo, Bruno, aun no sé de fijo
si ella le querrá.

D. Brun. Pero, hombre,
á mí me dá tres cominos
que ella quiera aunque sea un pavo!

D. Ant. (*Al ver que se acercan Luisa é Isabel.*)
Chst! Calla...

D. Brun. Qué desatino!

ESCENA VIII.

Luisa.—Isabel.—*Dichos.*

Luisa. Cuando usted quiera. Ya estamos
dispuestas.

D. Ant. Vaya, qué pronto!
(Y aun no le he dicho á ese tonto...)
(*Se acerca al balcon y coje distraido el sombrero, que habrá dejado en una silla próxima.*)

D. Brun. (*Aparte mirando á Isabel.*)
(Qué guapa está!)

Isabel. Con que, vamos?

D. Brun. Al momento. (Mi sombrero...
(*Buscándolo.*)
Yo aquí lo puse.)

D. Ant. (*Mirando á la calle por entre las cortinillas del balcon.*)
(Allí está
otra vez!)

D. Brun. (Dónde estará?)

Isabel. Qué busca usted, caballero?

D. Ant. (*Golpeando con el sombrero.*)
(Por vida!...)

D. Brun. (*Intentando apoderarse del sombrero.*)
Antonio, qué haces?

D. Ant. (*Volviendo en sí.*)
(Ah!... torpe!)

Luisa. Qué es eso, Antonio?

D. Ant. Con que ya os marchais?

D. BRUN. Demonio!
Suelta, que me lo deshaces.
D. ANT. *(Sin soltar el sombrero, en voz baja á Don Bruno.)*
Ay! Bruno, evita el escollo
que estoy ahora contemplando.
D. BRUN. Pero...
D. ANT. *(En voz alta..)*
Lo estoy cepillando.
(Bajo á Don Bruno.)
Mira, allí enfrente está el pollo.
D. BRUN. *(En voz baja.)*
El pollo!...
D. ANT. *(Idem.)* Aquel mozalvete,
que habla con Juana.
D. BRUN. *(Idem.)*
Oh furor!
D. ANT. *(Idem.)*
Calma, Bruno! Ojo avizor!
D. BRUN. *(Idem.)*
Pero...
D. ANT. *(Idem.)*
Nos observan, vete.
(En voz alta dándole el sombrero.)
Adios.
LUISA. (Es raro...)
ISABEL. *(Despidiéndose.)*
Papá!
D. ANT. Adios. (Oh! qué felonia!)
LUISA. Antonio...
D. ANT. *(Con afectacion.)*
Adios, hija mia.
ISABEL. *(A Luisa, deteniéndose cerca de la puerta del fondo.)*
Ponme este boton.
D. ANT. *(En voz baja á Don Bruno.)*
Será
tal vez mi sospecha odiosa,
mas que le proteje creo
mi mujer.
D. BRUN. *(En voz baja á Antonio.)*
Pero, hombre, es feo...
D. ANT. *(Lo mismo.)*
Cuidadito con mi esposa,

no sea...

D. BRUN. *(Idem.)* Yo observaré
si se arrima...

D. ANT. *(Idem.)* Sé prudente.
Líbrala de ese insolente,
y su mano te daré.

LUISA. Vamos. Ya está.

D. ANT. Alerta, Bruno.

D. BRUN. (El pollo es un lechuguino!
Santo Dios, Dios uno y trino!...
Santo Dios, Dios trino y uno!...)
(Vánse Bruno y las dos.)

ESCENA IX.

DON ANTONIO, *mirando á la calle por entre las cortinas del balcon.*

D. ANT. Ha dado una carta á Juana!
Y ella la ha cojido... Infame!...
Voy á ver...
(Se dirije al fondo.)
Dios mio, dame
más calma! Suerte tirana!
Voy...
(Deteniéndose.)
Pero no me separo
ahora de aquí.
(Vuelve al balcon.)
Salen ya.
Luisa por la acera vá.
Mira al portal!... Qué descaro!
Y no se aparta... Por Cristo!...
Casi ha pasado rozando...
Ahora está al balcon mirando.
Entre los pliegues me ha visto
de las cortinillas. Ah!...
por eso al galan no mira,
mas luego despues... La ira
me ahoga!... Y Bruno... el necio vá
temblando de furor!... Calma,
Bruno, véncete á tí mismo,

que es el mayor heroismo
ocultar la ira del alma.
La esquina vuelven. Ahora...
(*Se separa del balcon.*)
Juana! (*Tira del cordon de la campanilla.*)
El billete traerá.
Para cuál de ellas será?
La impaciencia me devora.
Sin aviso ni consejo
con una niña me uní,
y loco no comprendí
que ya me iba haciendo viejo.
(*Agitando el cordon de la campanilla.*)
Juana! Juana! Voto vá!
Si el cielo no lo remedia
con mi muerte, esta comedia
la de Moratín será!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

D. ANTONIO.—*Aparece al lado del balcon, y despues de una pequeña pausa, empieza á pasearse.*

Gracias á Dios! Ya era tiempo.
Tres horas largas hará
que se fueron. Qué calmosos!
Por vida de Barrabás!...—
Qué habrán hecho?—Y ese Bruno,
que es tan inocente, tan...—
Por qué no habré ido con ellos?
Comprenderán mi ansiedad?
Si acaso Luisa apercibe...
Preciso es disimular.
Si advierten que tengo celos...
Ridícula enfermedad,
que inspira tán solo risa
cuando más hace penar
al que la siente!..—Ya entran.
Antonio, serenidad.
(*Se sienta en un sillon.*)
Finge indiferencia. Duerme,
y durmiendo alerta está.
(*Se finge dormido.*)

ESCENA II.

LUISA.—ISABEL.—DON BRUNO.—DON ANTONIO.

D. BRUN. Está muy buena, muy buena!
Qué cuadros! qué cuadros hay!

Aquella cocina... Vamos,
daba gana de empezar
á comer. Aquel besugo,
y aquella...

ISABEL. Duerme papá?

D. BRUN. Así parece.

LUISA. Así es.
Ya es hora de despertar,
(*Despertándole.*)
dormilon.—Has despachado
aquella comision ya?

D. ANT. Ah! Sois vosotros?

D. BRUN. Pero, hombre,
qué variado que estás!
Tú calmoso, dormilon...

D. ANT. Será efecto de mi edad.

LUISA. Era ese aquel compromiso
que alegabas tan formal?
Galante estás!

D. ANT. Para mí
la edad de galantear
ya ha pasado. Un pobre abuelo,
qué ha de hacer más que roncar?

LUISA. (No lo olvida.) Amigo mio...

D. ANT. (Su amigo!...) Bruno, qué tal,
te has divertido?

D. BRUN. Muchísimo.

D. ANT. (No tiene celos. Quizás
ha comprendido...)

D. BRUN. Qué cuadros!
Los hay más grandes y más...
Y los marcos, sobre todo,
que valen un dineral
de dinero. Y qué retratos!
Hay uno en particular!...

LUISA. Habla usted del mio?

D. ANT. Cómo?

LUISA. Don Bruno empeñado está...

D. BRUN. Vaya!

D. ANT. Tanto se parece?

D. BRUN. No mucho, pero... El lunar
es como el de usté, y la alhaja
del pecho... Vaya que está

sin ponderacion, hablando.

LUISA. Es pura casualidad.

D. ANT. (Pardiez!)

D. BRUN. Aunque en el librico,
que venden en el portal,
donde esplica... Por ejemplo:
«Número 3.» Tú verás
una pasiega frescota,
que dá á un nene de mamar,
y uno con traje de juez,
entretenido en serrar
una tabla. Al ver tal cosa,
empiezas á cavilar
y no puedes esplicarte
lo que significará;
pero si en el libro buscas
«Número 3» hallarás
esplicado aquel misterio,
si sabes deletrear.
«Número 3.—San José,
la Vírgen y el niño.» Ya,
ya es alhaja el tal librico!
Y lo dan por un real
de plata. Por ese medio
sabes quien es cada cual
de todos los personajes
que retratados están.

D. ANT. Y bien, así habrás sabido
quién es el original?

D. BRUN. No lo he sabido. Busqué
el número... pero, cá!
decia: «La Señorita...»
tres puntos, y nada más.

D. ANT. (La señorita... tres puntos.
Era ella!)

LUISA. Es muy singular
la semejanza, mas yo...

D. BRUN. Señorita... (Y es verdad,
es ya señora.) Señora,
no es usted: bien claro está.

D. ANT. (Su imprudencia ha comprendido,
y empieza á disimular.)

ISABEL. Y la cocina, Don Bruno?

D. BRUN. Es buena pieza! Si dá
gana de clavar el diente
al pollo asado, y á las
perdices, y á los melones
de agua, y para no cansar
hasta á aquella cacerola,
que el gato lamiendo está!
Lo que es en cuanto á verduras,
no se puede pedir más.—
La exposicion vale mucho.

LUISA. Oh! Si le oyera á usted Sanz,
nuestro amigo...

D ANT. (Señorita...
tres puntos...)

LUISA. *(Observando á Antonio.)*
(Qué sério está.)
Don Bruno, con su permiso
de usted... Me voy á quitar
la mantilla.—Isabel, vienes
tú conmigo?

ISABEL. Voy allá.
—Hasta luego.

D. BRUN. Yo me voy
dentro de poco á marchar.

D. ANT. No, comerás con nosotros.

LUISA. Y un gran placer nos dará.

D. BRUN. Muchas gracias, pero... (Ignoro
si me deberé escusar.)

LUISA. Hasta luego. *(Váse.)*

ISABEL. Hasta despues.

D. BRUN. (No me escuso, voto á san...)
(A Isabel.)
Voy á comer en la gloria.

ISABEL. Gracias. (Qué galante está!) *(Váse.)*

ESCENA III.

D. BRUNO.—D. ANTONIO.

D. ANT. (Dios mio, qué le diré?)

D. BRUN. Chico, estoy de enhorabuena.

D. ANT. Cómo?

D. Brun. Isabel es muy buena.
No quiere al pollo, lo sé.
D. Ant. De veras? Pues yo le ví
echar detrás de vosotros.
D. Brun. Es muy cierto; mas nosotros...
Ay! qué rato que sufrí!...
Verás. Al pasar al lado
del muñeco, yo iba ciego
de furor... echaba fuego!
Como que estaba quemado.
Tu mujer iba á la acera,
Isabel en medio, yo
á su lado; pero no
la hablaba, ni esto siquiera.
No hacia más que mirarla
y volver la cara atrás.
El pollo siempre detrás,
y ella charla que te charla.
D. Ant. Conocería tu enojo.
D. Brun. Cá! no. Embobada iba hablando,
siempre de frente mirando,
sin echar atrás un ojo.
Por último, tu mujer,
al reparar que miraba
tanto atrás... que ella callaba
y pudo más claro ver
lo que en el alma sentía,
me dijo: « Qué mira usté
á su espalda? » Entonces...
D. Ant. Qué?
Brun. No dije esta boca es mia.
Observé á Isabel con unos
ojos!... Mas ella volvió
la cara, y al pollo vió
sin...—Digo que no hay dos Brunos
para esto de olfatear,
cuando ellas quieren pegarla.—
Le vió sin parar su charla,
y sin tartamudear.
No se puso colorada,
no le...
D. Ant. Pero, y mi mujer?
D. Brun. Se rió.

D. ANT. Por Lucifer!
D. BRUN. Y luego no dijo nada.
Ella no le quiere, es claro,
dije para mi capote;
mas me carga el monigote.
Seguirnos con tal descaro!—
Paráronse en una tienda...
D. ANT. Sigue. (Eso más todavia!)
D. BRUN. Y yo dije, esta es la mia;
yo haré que el pollo me entienda.
Del cuello con una mano
le así, y al verle pajizo,
«bah! me dije, no le atizo,
no quiero ser inhumano.»
—Como usted vuelva á mirar
á esa niña...—«Caballero,
es usté un záfio, un grosero...»
—así empezó á replicar.
—Mire usted que le acogoto,
escoja usté otro camino.
—Entonces el lechuguino
me dijo, arrojando un voto:
—Para no dar un escándalo
me voy.—Bien, así me peta.
—Tome usted una tarjeta;
despues nos veremos, vándalo.
—Y cuando los dos volvieron
la cabeza, él ya corria,
yo ta tarja revolvia,
y ellas nada me dijeron.
Pero algo debió entender
Isabel, pues con sonrisa
me miró, y ví...
D. ANT. Pero, y Luisa?
D. BRUN. Yo no miré á tu mujer.—
Dije: no la importa nada
que ya no la siga el pollo;
hemos pasado el escollo,
veré mi dicha colmada.
Y, en fin, lleno de alegría,
no la dejé ya hablar sola.
Solamente Luisa...
D. ANT. (Hola!)

D. Brun. Luisa sí que se aburria.
Yo solo á mi novia hablaba,
y ella...
D. Ant. Iba triste?
D. Brun. No sé...
Chico, apenas la miré:
solo á mi Isabel miraba.
Mas no estará resentida...
D. Ant. Oh! No temas.
D. Brun. Pues me alegro!
Conque, mi querido suegro,
veré mi dicha cumplida?
D. Ant. Aun no debes confiar.
D. Brun. Con esa sales ahora?
D. Ant. (Iba triste!... La traidora!...
Antes te has de asegurar.,.
D. Brun. Aun crees tú?... Qué tonteria!
D. Ant. Has obrado de ligero.
D. Brun. Bah! bah!
D. Ant. Solo un majadero
puede hacer la niñería
de provocar de ese modo
un escándalo. Siquiera
por mi honor, se contuviera
cualquiera, celoso y todo,
pero tú...
D. Brun. Hombre...
D. Ant. Solo falta
que el pollo sea espadachin,
y este cuento tenga un fin
trágico.
D. Brun. (Como se exalta!)
Pero...
D. Ant. Y ellas se reirian.
Es claro.
D. Brun. Por Barrabás!...
Antonio, me esplicarás...
D. Ant. Con risa te mirarian.
Dáme la targeta.
D. Brun. Pero...
D. Ant. Cuidado con replicar.
Yo al reto he de contestar.
Sí, Bruno, yo soy primero.

D. Brun. Pero qué reto, ni reta...
D. Ant. La tarjeta!
D. Brun. Pero, Antonio,
que...
D. Ant. Por vida del demonio!...
La tarjeta!
D. Brun. Qué tarjeta?
D. Ant. No te dió el pollo?...
D. Brun. Ah! sí, sí.
D. Ant. Búscala.
D. Brun. (*Mirándose los bolsillos.*)
Vaya si dió...
En dónde la guardé yo?
D. Ant. Sácala.
D. Brun. Si la perdí.
D. Ant. La perdistes, desdichado?
D. Brun. Se me cayó. Pero, hombre,
para qué quieres?...
D. Ant. Su nombre!
Su nombre!
D. Brun. Estás enfadado?
D. Ant. (Con esa calma me quema.)
Cómo se llama?
D. Brun. Quién?
D. Ant. Vaya!
esto ya pasa de raya!
Cómo tienes tanta flema?
D. Brun. Si me aturrullas.
D. Ant. Despierta!
D. Brun. (Qué dice?)
D. Ant. Despierta!
D. Brun. Pero...
(Si dormiré?... Cá! Embustero!)
D. Ant. Escucha la voz de alerta.
Nos hacen traicion.
D. Brun. Traicion!
D. Ant. Media un escrito.
D. Brun. Un escrito!
D. Ant. (Vive Dios, su eco maldito
redobla mi indignacion.)
(*Saca una carta del bolsillo.*)
Vas á leer...
(*Leyendo el sobre aparte.*)

(La señorita...
tres puntos.) Toma.
(*Le dá la carta quedándose con el sobre.*)

D. Brun. Veamos.
(*Leyendo.*)
«Señorita...»

D. Ant. Sigue, vamos.

D. Brun. Qué!... si está tan mal escrita!...
«Señorita, usté ha notado
en mis miradas de fuego...»
—Qué mal escribe! Reniego...
Esto está medio borrado.
«El amor»—Qué galopin!
—«Que yo en sus miradas leo.»
Conque ha leido el muy feo?...
—«Y espero lograr al fin...»—
Qué espera lograr?—«Que en tierno
lazo, cuando el cielo quiera...»

D. Ant. (Esto es, cuando yo me muera.)

D. Brun. Condenado del infierno!
(*Leyendo.*)
«Con inefable placer...»—
Pero Isabel ha leido?...
Dime, cómo la has cogido?

D. Ant. (*Mirando adentro.*)
Calla!... Suelta.
(*Cogiendo la carta.*)
Mi mujer.

ESCENA IV.

Luisa.—*Dichos.*

Luisa. (*Desde la puerta de la izquierda.*)
(Les estorbo... se han callado
al verme entrar. Su inquietud
en vano ocultar intenta.)

D. Brun. (Me vá á dar un patatús.)

Luisa. (Serán celos? Imposible.)

D. Ant. (*Observando á Luisa.*)
(Pensativa está!)

D. Brun. (El gandul

bien claro se esplica.)
(*En voz baja á Antonio.*)
Antonio...

D. ANT. (*En voz baja á Bruno.*) Vamos afuera.

LUISA. (*Acercándose á ellos.*) Segun
parece, os he interrumpido,
señores mios.

D. ANT. Quién?... tú?

LUISA. No quiero estorbar. Seguid
la conversacion. Abúr.

D. BRUN. Señora...

LUISA. (Tiene secretos...
tiene secretos con su...!)

D. ANT. (Ah! soy un nécio!)

LUISA. Qué entiende
una niña?...

D. ANT. (Oh! Dios qué cruz!)

LUISA. Bah! qué entiende de negocios
en su vana ineptitud?
Ustedes, hombres formales
por su experiencia y por sus
años....

D. ANT. (Por vida...)

LUISA. No pueden,
si han de obrar con rectitud,
confiar á una pobra niña,
á quien asusta aun el bú,
la pena que les inquieta,
cuando temen un albur.
Voy á la despensa, y luego
al comedor; tengo un
plato, por el cual espero
muestras de su gratitud.
Abúr, mi esposo y señor;
amigo Don Bruno, abúr.
(*Váse por el fondo.*)

ESCENA V.

DON ATONIO.—DON BRUNO.

D. BRUN. Embobado estoy!

D. ANT. (La hipócrita!....

Por vida de Bercebú...)

D. Brun. Vaya una mujer que tienes!
que talento! qué virtud!...
Se ha enojado con razon.

D. Ant. La defiendes?

D. Brun. Por la luz
que nos alumbra, tu Luisa
vale mucho más que tú.
Si con ella consultáramos...
ella es muy discreta, y muy...

D. Ant. (El imbécil!)

D. Brun. Aunque piensas
que yo soy un avestruz,
para estas cosas conozco
que no puede haber ningun
hombre tan hábil...

D. Ant. Por vida!...

D. Brun. Eres duro de testuz.
El hombre ha de aconsejarse
con su mujer, y segun
dice el buen Don Inocencio,
que es un Vicente *Paul*,
quien su consejo desprecia,
es un pedazo de atún.
El asunto es delicado:
se trata de mi salud,
de mi esperanza, que dá
mas vueltas que un arcaduz
de noria desde la tarde
que la ví con traje azul,
color de celos, jurando
adorarla por la cruz
del Redentor hasta el dia
que me hagan el ataud.
Yo en tu mujer tengo fé.

D. Ant. (Y podré dudar aun?
por su interés la proteje.)

D. Brun. Ella sabe mi inquietud.

D. Ant. (Teme á Isabel, tal jugada
es muy digna de un tahur.)

D. Brun. Nadie mejor que tu Luisa
puede darnos una luz,
que disipe nuestros celos.

Vamos á decirla...
D. Ant. Hum!
D. Brun. No te niegues...
D. Ant. Pero, hombre...
D. Brun. Mira que siento aquí un...
D. Ant. Pero...
D. Brun. Mira que no tengo
otro amigo más que tú.
Si te niegas, vas á hacer.
que crea en tu ingratitud.
D. Ant. (Es verdad. Soy un ingrato.)
Por el amor de Jesús
perdona á tu amigo. Luisa...
Me asusta su juventud.
Yo tambien... Mas no lo digas.
Que no corra ese run, run,
más fatal que el horroroso
estampido del obús.
Bruno, calla.
D. Brun. Mas...
D. Ant. Que nadie
dude de su rectitud.

ESCENA VI.

Isabel.—*Dichos.*

D. Brun. (Me confunde más y más
cada vez.)
D. Ant. Ven, hija mia.
D. Brun. Isabel...
D. Ant. No es esta, no.
No es la culpable mi hija.)
D. Brun. (Si yo pudiera con maña
sonsacarla!) Señorita...
(*Se acerca á Isabel.*)

ESCENA VII.

Luisa.—*Dichos.*

Luisa. Vamos á comer, señores.
Ya está la sopa servida.

D. BRUN. (No tengo gana de abrir
la boca.)
LUISA. A esa señorita
déle usté el brazo, Don Bruno.
D. BRUN. (Bendita boca, bendita!)
(*Ofreciéndole el brazo.*) Isabelita...
ISABEL. (*Tomándolo.*) Mil gracias.
LUISA. Vamos, pasad.
D. BRUN. (Qué alegría!...
Si no fuera por la carta...)
(*Váse por el fondo con Isabel.*)

ESCENA VIII.

LUISA.—ANTONIO.

LUISA. (Sigue pensativo.)
ANT. Luisa...
LUISA. (Qué tendrá?) Me das el brazo?
ANT. (Y hoy me parece más linda
que nunca.)
LUISA. Estás muy galante.
(*Cogiendo el brazo de su marido.*)
ANT. Más mereces, hija mia.
LUISA. (*Con despecho.*)
Papá mio, muchas gracias.
ANT. (*Separándose de ella.*)
(Me desespera.)
LUISA. (Me indigna.)
ANT. (Hum!... Me trata como á un viejo.)
LUISA. (Me mira como á una niña.)
(*Pequeña pausa.*)
ANT. Por qué te detienes?
LUISA. Vamos.
(Qué ingratitud!)
ANT. (Qué perfidia!)
(*Vánse.*)
(*El teatro queda solo durante un momento. Despues sale Don Amalio con un criado.*)

ESCENA IX.

DON AMALIO.—UN CRIADO.

CRIADO. Ahora acaban de sentarse
á comer.

AMALIO. No tengo prsia.
No me anuncie usted ahora,
hasta que acaben. Podrian
incomodarse por mí,
y en verdad, lo sentiria.

CRIADO. Pero...

AMALIO. Esperaré sentado.
(Se sienta.)

CRIADO. Es que...

AMALIO. Traigo una visita
de Murcia, de la Marquesa
del Prado.

CRIADO. Ah! ya, de la tia
de mi ama.

AMALIO. Justamente.
Váyase usté, y nada diga.
(Váse el Criado.)

ESCENA X.

DON AMALIO.

Soy un héroe!... La ocasion
por algo calva la pintan.
Yo triunfaré. Soy osado,
y no hay como la osadía
para estas cosas. El bueno
de Tomás!... Dios le bendiga!...
Con esta carta preciosa,
que trae de su provincia,
me dá entrada en esa casa.
Qué casualidad!... Ya iba
á entrar, cuando le abordé.
En tres palabras me explica

que viene á visitar á estos
señores, saca la epístola
de la Marquesa, y añade
que no le han visto en su vida.
Yo la carta cojo, digo:
«Voy á ahorrarte una visita,»
y sin aguardar respuesta...
Este es un rasgo de artista,
un destello de ese fuego
que... Lo malo es aquel quídam,
que me cojió esta mañana
por el cuello... Mas, qué implica?
El rival no es muy temible.
Y mal en dudar haria:
ella por mí está prendada...
No he encontrado quien resista
de mis miradas el fuego.
Es mucha mirada mia!...
Siempre que me vé, sus ojos
aparta de mis pupilas,
y es por que teme abrasarse
como una mariposilla.
Por eso observo que siempre,
qué recatada es la niña!
me mira desde aquí dentro,
detrás de estas cortinillas,
creyendo que yo no sé
que es ella la que me mira.

ESCENA XI.

LUISA.—DON AMALIO.

LUISA. (*Desde el fondo.*)
(Ese empeño... si traerá
alguna mala noticia.)
Caballero...

AMALIO. Es ella!

LUISA. (Cómo!
El impertinente!...)

AMALIO. Oh! niña!...
Oh! Vírgen de Rafael,

inspiracion del artista,
permitid que...
(*Queriendo cojerla una mano.*)

LUISA. Caballero!...
(*Rechazándole con severidad.*)
Qué es eso? Qué significa?...

AMALIO. Esto es morir de deseos.
esto es morir de alegria,
esto es morir abrasado
en la llama de tu vida.
Esto es gozo, esto es dolor,
es el fuego que se agita
en el purísimo anhelo
del genio inmortal, que brilla
en la mente del poeta,
que hace suspirar su lira,
roba á la flor sus perfumes,
al cielo su luz purísima,
á la...

LUISA. Calle usted.

AMALIO. (Bravísimo!
La pobre está conmovida.)

LUISA. Qué imprudencia!... Salga usted.

AMALIO. (Sin duda la pobrecilla
no sabe...) No hay que temer;
porque traigo la misiva
de la Marquesa, y si acaso...

LUISA. Démela usted.

AMALIO. Señorita,
(*Dándole la carta.*)
tome usted.

LUISA. Salga usté ahora
y no vuelva aquí en su vida.

AMALIO. Que no vuelva? que me vaya?
(Pues! y ella lo sentiria
más que yo.) Bueno, me iré.
Pero antes...
(*Quiere cojerla una mano; ella se retira.*)
No fugitiva
me abandone.

LUISA. Qué insolencia!

AMALIO. La respuesta, señorita;
conteste usted al billete.

LUISA. Despues.

AMALIO. (Despues! qué alegría!)
Ahora mismo.

LUISA. Es imposible.

AMALIO. (Oh! ya está medio vencida.)

LUISA. Ya lo haré por el correo.

AMALIO. Sin gastar papel ni tinta
puede usté ahora contestarme.

LUISA. Cómo! A usted!

AMALIO. Prenda querida!

LUISA. Voy á llamar.
(*Acercándose al cordon de la campanilla.*)

AMALIO. (Apelemos
al gran recurso, y es mia.)

LUISA. (Si viene Antonio...) (*Vacilando.*)

AMALIO. Angel mio!
(*Cae á sus piés y la coje una mano. Luisa procura desasirse y agita la campanilla.*)
Contémplame de rodillas,
esperando tu sentencia.—
Que suena la campanilla!
Antes que entre un importuno...

ISABEL. (*Desde el fondo.*)
(Qué querrá?)

AMALIO. (*Reparando que es Luisa quien llama.*)
Jesús me asista!
Si ella misma es la que llama!
Por piedad!
(*Luisa logra desasirse de Amalio, y se entra corriendo en el gabinete de la izquierda cerrando en seguida por dentro.*)

ESCENA XII.

ISABEL—AMALIO.

Amalio corre hácia la puerta del fondo, y se detiene al ver á Isabel.)

AMALIO. Señora mia!
(La casada!)

ISABEL. (El importuno

de esta mañana.)

AMALIO. (Qué crítica
situacion! Cómo aplacarla?)
Oh! sea usted compasiva.

ISABEL. Caballero! (Estará loco?)

AMALIO. Gracia imploro de rodillas.
(*Queriendo asirla una mano.*)

ISABEL. Pero qué hace usté? (Este hombre...)
Que llamo!

AMALIO. Adoro á una niña,
y mi amor aquí me lanza.
Protéjame usted. (Y es linda!)
Que juro que si pudiera
disponer del alma mia...

ISABEL. (Si viene Don Bruno!...) Aparte
usted.

AMALIO. (Su emocion indica...)
Seré tan feliz, señora?...
(Si será esta la que mira?...
Probemos.) Angel de amor!...
(*La toma una mano.*)

ISABEL. Suelte usted. Ay!...

AMALIO. (Esta grita.)

ISABEL. Luisa! Luisa!

AMALIO. (Escapa, Amalio,
que tu existencia peligra.)
(*Váse precipitadamente por el fondo.*)

ESCENA XIII.

ISABEL.—LUISA.—*Poco despues*, ANTONIO *y* BRUNO.

LUISA. Qué es eso? Qué tienes?

D. ANT. (*A Bruno, desde el fondo.*)
Ven.
Sin duda el pollo...

ISABEL. (*Mirando á Bruno.*)
(Gran Dios!)

D. BRUN. Ah! qué has dicho? Voto á brios!

ISABEL. Perdónele usted.

D. BRUN. A quién?
es cierto?...

D. ANT. (*A Luisa en voz baja, con ira reconcentrada.*)
Luisa!
LUISA. (No sé
qué decirle.)
D. ANT. Dónde está?
LUISA. Cálmate; se marchó ya.
D. ANT. Se ha ido! (Yo le alcanzaré.)
(*Váse precipitadamente por el fondo, cogiendo el sombrero de Bruno, que encuentra al paso.*)

ESCENA XIV.

Dichos, menos DON ANTONIO.

LUISA. (*A Don Bruno, con ansiedad.*)
Don Bruno, por compasion!...
D. BRUN. (*A Isabel, sin escuchar á Luisa.*)
Conque era verdad, cruel?
LUISA. Por Dios, vaya usted con él!
Qué terrible agitacion!
D. BRUN. Con que estaba usted prendada
de ese trasto, de ese tuno?...
ISABEL. Por Dios!...
LUISA. Por piedad, Don Bruno!...
D. BRUN. Y usted tambien?...
LUISA. Pero...
D. BRUN. Nada
escucho. Os ha divertido
verme padecer? Ingrata!...
Muriendo por él me mata.
ISABEL. Por Dios!...
D. BRUN. Por qué la he querido?
LUISA. Oiga usted.
ISABEL. (*Sollozando.*) Oh! qué crueldad!
D. BRUN. (Y está tan guapa llorando!...)
ISABEL. Me está usted despedazando
el corazon.
D. BRUN. (Es verdad.
Debo ser más generoso.)
LUISA. Pero, Don Bruno...
D. BRUN. Señora.
LUISA. Corra usted; corra usté ahora...

D. Brun. Dónde?
Luisa. A salvar á mi esposo.
D. Brun. A Antonio?... Acaso?...
Luisa. En pos de él
ha corrido.
D. Brun. Del muñeco?
Luisa. Si señor.
D. Brun. Si es tan enteco!
No hay miedo...
Luisa. Trance cruel!
D. Brun. Es aquel que nos seguia
esta mañana?
Luisa. Si, sí.
D. Brun. El se acordará de mí!
Isabel. Don Bruno!...
D. Brun. Por vida mia!...
Como no le mate Antonio...
Luisa. Don Bruno!...
Isabel. (*Suplicante, cogiéndole una mano.*)
Por Dios!...
D. Brun. Ya, ya.
Usted teme... Bien está.
Vivirá, voto al demonio!
Luisa. Pero...
D. Brun. Voy, voy. Mi sombrero.. (*Buscándolo.*)
Luisa. Antonio se lo ha llevado.

ESCENA XV.

Don Antonio.—*Dichos.*

D. Ant. (*Tirando con rabia el sombrero.*)
El bribon se me ha escapado!
D. Brun. (*Cogiendo el sombrero.*)
Que me ha costado el dinero!
Luisa. (*Acercándose á Antonio.*)
Gracias, Dios mio!...
D. Ant. Señora!...
Luisa. Antonio, cálmate.
D. Ant. (*Rechazándola.*)
Aparta.

LUISA. (*Entregando á Antonio la carta que le dió Amalio.*)
Tranquilízate. Esta carta...
D. ANT. Venga. Déjanos ahora.
LUISA. Yo te esplicaré...
D. ANT. Es inútil.
Váyase usted; yo lo mando.
Pardiez!
LUISA. Te estás exaltando
por un asunto tan fútil?
D. ANT. Se trata del honor mio.
LUISA. (*Con dignidad.*)
Te está hablando tu mujer.
D. ANT. Tú me quieres contener,
y aun soy jóven, tengo brío.
Déjame con mi hija solo.
LUISA. Pero, Antonio... (En vano lucho.
Está loco.)
D. ANT. Ya no escucho
la voz de pérfido dolo.
Idos!...
D. BRUN. Pero, Antonio...
D. ANT. Vete.
(*A Luisa que se ha acercado á Isabel.*)
Despues te escucharé á tí.
Yo lo mando. Lo oyes?
LUISA. Sí.
(Ya no seré su juguete.)
(*Váse por la izquierda.*)

ESCENA XVI.

Dichos, menos LUISA.

D. ANT. Déjame, Bruno: se trata
de nuestro honor.
D. BRUN. (*En voz baja á Antonio.*)
Sé prudente.
Isabel es inocente.
La pobrecilla... (La ingrata!)
Tan solo por la apariencia...
Mas no pienses...

D. Ant. Ya lo sé.
D. Brun. No le quiere.
D. Ant. Déjame.
D. Brun. No dudes de su inocencia.
(*Váse por la izquierda.*)

ESCENA XVII.

Don Antonio.—Isabel.

(*Pequeña pausa.*)

D. Ant. Ven... Acércate, hija mia.
Isabel. Papá!... (No sé qué decir.)
D. Ant. Vamos, tranquilízate.
No temas hallar en mí
un padre injusto: yo quiero
tan solo hacerte feliz.
Conque vamos, con franqueza...
(Así podré descubrir
la verdad, sin que sospeche...)
Siéntate á mi lado: aquí.
(Este es el medio mejor.)
Le quieres?
Isabel. Yo...
D. Ant. Sin mentir.
Yo no me opongo, conque habla.
Vamos, le quieres?
Isabel. Yo... sí.
D. Ant. (Será cierto? y yo pensaba
que Luisa... Sospecha vil!)
Conque le quieres? Y há mucho?
Isabel. Desde el punto en que le ví.
D. Ant. Vaya, qué pronto!... No tienes
muy buen gusto, pero en fin...
(Pobre Bruno!...) Y tú estás cierta
de su amor?
Isabel. Me ha dado mil
pruebas, y aunque es un poco
celoso...
D. Ant. (El chisgaravís!...)
Con que es celoso?

ISABEL. Muchísimo.
Y como el tal... Ved ahí
la causa de mi congoja
hace poco.

D. ANT. La infeliz!...
Temistes que frente á frente
los dos?...

ISABEL. Mucho que temí.

D. ANT. Mas ya te se habrá pasado.

ISABEL. Si él deja de persistir
en sus celos...

D. ANT. Por supuesto.
(Ay Bruno, estás en un tris!)

ISABEL. Si tú quisieras...

D. ANT. Qué?

ISABEL. Hablarle.

D. ANT. Eso es ya mucho exigir,
hija mia. Si él conoce
su falta, y te escribe, y...
En fin, yo harto haré accediendo,
si acaso llega á pedir
tu mano, y sus circunstancias...
(Ya buscaremos ardid
para evitar... Pobre Bruno!)
Luisa!... Luisa!... Ven aquí.
(*Llamando á su mujer.*)

ESCENA XVIII.

LUISA.—BRUNO.—*Dichos.*

D. ANT. (*Abrazando á Luisa.*)
Perdon, adorada mia!
(*Isabel y Bruno empiezan á hablar aparte.*)

LUISA. Qué es eso, Antonio? Repara...

D. ANT. (Me rechaza!... Si me amára
mas generosa seria!)
Hija mia, he sido injusto
contigo.

LUISA. (Era paternal
el abrazo!

ISABEL. No, no tal.

(*Aparte á Bruno.*)
Yo le amo á usted.

D. BRUN. Ay! qué gusto! (*Alto.*)

D. ANT. (*Que ha oido la exclamacion de don Bruno.*)
Qué eso, Bruno? (*Volviéndose.*)

D. BRUN. Que pronto
dejaré ya de envidiarte;
que ya no debes negarte
por el temor de aquel tonto;
que Isabel me quiere á mí,
segun te ha dicho hace poco.

D. ANT. Te quiere á tí? (Yo estoy loco!)
Tú quieres á Bruno? (*A Isabel.*)

ISABEL. Sí.

D. ANT. Pues y el otro?... El del desmayo
á que vino? Voto vá!...

ISABEL. Luisa decirte podrá...

D. ANT. Ah! por qué no baja un rayo
y me abrasa!...

LUISA. Antonio...

D. ANT. Aparta!...
Yo le buscaré.

D. BRUN. Pero, hombre...

D. ANT. Su nombre!...

LUISA. Antonio!...

D. ANT. Su nombre!
Yo lo sabré por la carta.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LUISA.—ISABEL.

ISABEL. Vamos, Luisa, no te aflijas.
Me hace daño tu dolor
hoy, que alegre estar debiera
viendo cercana mi union
con don Bruno. Esta tormenta,
que encapota el bello sol
de nuestra dicha doméstica,
pasará como un turbion
de verano, y tu alegría
renacerá otra vez.
LUISA. No!
Cuando la paz de una casa
llega á turbar el rencor,
hijo de la poca fé
y del orgullo feroz
de un hombre, que hiere el alma
de su mujer sin razon,
la mujer con su virtud
podrá conservar su honor,
mas no romper la barrera
que se eleva entre los dos.
ISABEL. No seas tú la rencorosa.
LUISA. No, Isabel, yo no lo soy.
Há seis años que padezco

sin demostrar mi dolor.
Há seis años que combate
con mi orgullo mi razon,
y en tanto tiempo, jamás
mi justo enojo estalló.
Yo me casé enamorada,
él me ponderó su amor,
y su amor solo era lástima.
Oh! qué cruel compasion!
En mí solo vió una niña;
como niña me trató...
y, cuántas veces me ha dicho,
como con resignacion:
«Era viudo con una hija,
y ahora, Luisa, tengo dos.»
Por qué ántes no me lo dijo?
Por qué no me dijo: «yo
seré tu mejor amigo,
seré tu hermano mayor,
seré tu padre... y no más...
Ya no arde en mi corazon
el fuego puro, inmortal,
aliento que á Eva animó
y en nuestras venas circula
por divina inspiracion?»
Ver en un marido un padre,
es un sacrilegio atroz!
Nuestro padre y nuestro esposo
tan solo puede ser Dios,
cuando en inmortal pureza
le ofrecemos nuestro amor.
Yo jamás hubiera sido
su esposa, si en mi afliccion
hubiera leido en mi alma
lo que despues reveló.
Fui un momento feliz
para padecer más hoy.

ISABEL. Oh! tú estás equivocada.
Papá te ama. Su furor,
que yo á escusar no me atrevo,
demuestra que te ama.

LUISA. No.
Es que teme por su orgullo,

es que duda de mi honor,
es que al fin ha comprendido
con terrible agitacion
la prueba á que estoy expuesta,
y no cree en mi virtud... Oh!
Ya no hay paz para nosotros,
aunque hoy conozca su error,
porque para estar celoso
siempre tendrá una razon.

ISABEL. Oh! no.

LUISA. En tu presencia misma
ha tres horas me abrazó
lleno de loca alegria,
y hasta me pidió perdon,
y despues... Despues, ya vistes
del modo que me trató.
Hoy delante de Don Bruno
no contuvo su furor;
mañana ante otro cualquiera
podrá insultarme feroz,
y eso, Isabel, no lo sufre
mi dignidad.

ISABEL. Pero...

LUISA. No.
Mi virtud no llega á tanto.
Dios me libre de este error.

ISABEL. De tus buenos sentimientos
no ahogue el enojo la voz.

LUISA. Y ahora dónde se habrá ido?
Con Don Bruno se alejó...

ISABEL. Tal vez él le calme.

LUISA. Al pobre
no le basta su intencion...
Esta mañana aquel nécio
parece que á Juana dió
una carta; ella creia
que era para tí...

ISABEL. El bribon!
Buena la hizo!

LUISA. Y faltando
á su deber, la tomó,
sin sospechar que su amo
miraba desde el balcon.

Despues, Antonio iracundo
á regañarla empezó,
hizo le diera la carta,
y con severo rigor
la despidió.

Isabel. Pobre Juana!

Luisa. Ya ves tú qué explicacion
dará á aquel que la pregunte...
Y en la casa yo quién soy?
Qué autoridad es la mia?
Y qué consideracion
me guarda mi esposo? Juana
es mi criada, ó por mejor
decir, mi amiga de infancia.
Mi mamá, téngala Dios
en su gloria, la queria
mucho, tanto como yo.

Isabel. Ya se quedará.

Luisa. Imposible.
Sufriria su rencor
á cada paso. Y ahora
ya por cualquier aprension
despedirá de la casa
al más leal servidor.
Si te casas y te vas...
sola con él... Oh! no, no.
Estas quejas, que se escapan
de mi triste corazon,
á esta morada están dando,
Isabel, mi último adios.

Isabel. Pero...

Luisa. Sí, vivirá en calma:
yo tranquila en mi dolor.
(*Suena la campanilla.*)
Pero... han llamado? Será
tu padre?

Isabel. Quiéralo Dios.

ESCENA II.

UN CRIADO.—*Dichas.*

LUISA. Quién es?
CRIADO. Señora, es el niño,
que viene de la pension.
LUISA. (Gran Dios!... Hijo de mi vida!
me he olvidado de tu amor!)
(*Váse por el fondo con el criado.*)

ESCENA III.

ISABEL.

El pollo nos fué fatal.
Vaya un loco peligroso!
Perturbar así el reposo
de la dicha conyugal!...
Verdadero es el adagio:
« Un loco hace ciento. » Sí;
mi papá... su frenesí
es efecto del contagio.
Cómo disipar su loca
aprension? El que antes era
tan blando como la cera,
duro es hoy como una roca.
El tal pollo!... Felizmente
de Don Bruno la hidalguía
en mi limpio honor confia.
Será un marido excelente.
Algo tosco, mas no feo,
y de tan buen corazon!...
Dios bendiga nuestra union
tan pronto como deseo.

ESCENA IV.

DON ANTONIO.—DON BRUNO.—ISABEL.

D. ANT. Dónde está Luisa?
ISABEL. Conmigo
estaba...
D. ANT. Ha salido?
ISABEL. No.
D. ANT. Véte con ella...
ISABEL. Es que...
D. ANT. Yo
lo mando. Haz lo que te digo.
(*Váse Isabel por el fondo.*)

ESCENA V.

DON ANTONIO.—DON BRUNO.

D. BRUN. Pero hombre, cuándo querrás
oirme?
D. ANT. Bruno!...
D. BRUN. Qué quieres?
(*Pequeña pausa.*)
Quedo enterado. Bien.
D. ANT. Eres
mi amigo?
D. BRUN. Cómo? Eso es más?
Ya dudas de mí?... Pardiez!
Con que, que si soy tu amigo?
D. ANT. Bruno!...
D. BRUN. Vaya, cuando digo
que estás demente...
D. ANT. Tal vez.
D. BRUN. Dudar de mi!... Voto vá!
Desconfiar de esa suerte!...
Pobre Luisa!...
D. ANT. Calla!
D. BRUN. Es fuerte
empeño! No callo ya.

Eres un marido...
D. Ant. Bruno!...
D. Brun. Digno de que te la peguen.
D. Ant. Vive Dios!...
D. Brun. Sí, de que jueguen
contigo... como con uno
que conocí en mi lugar.
Más celoso!... Uf!...
D. Ant. Calla!
D. Brun. El tonto!
Bien hizo en morirse pronto
para dejar descansar
á su mujer.
D. Ant. Vive Dios!
D. Brun. Nunca sola la dejaba.
De su sombra sospechaba.
Como aquel no se hallan dos.
De noche apenas dormia,
aunque tenia cuidado
de encerrarse, y el malvado
todas las llaves ponia
bajo la almohada. Ademas,
ántes la casa miraban,
todico lo registraban,
ella delante, él detrás.
No era floja la tarea;
pero lo que el tal celoso
miraba más cuidadoso
era su ancha chimenea.
Cierta noche desde abajo
miró y vió, miseria humana!
que á aquella enorme campana
no le faltaba badajo.
Dió un grito tremendo, un par
de piernas vió columpiarse,
y él, paf! sin encomendarse
á Dios, las quiso agarrar.
Tuvo que dar un gran salto
para cojerlas con brio,
y entonces el hombre mio
empezó á subir más alto.
Pero su presa seguia
apretando más y más,

y exclamando: «no te irás!»
cuanto más y más subia,
hasta que ya en el tejado
vió que todo era embeleco
y que tan solo á un muñeco
ambas garfias habia echado.
Y allí cuatro galopines
con máscara le cojieron,
y manta larga le dieron
hasta la hora de maitines.—
Mira, Antoñico, no sea
que de un muñeco celoso...

D. Ant. Hum!...

D. Brun. No olvides al esposo,
que lo vió en la chimenea.

D. Ant. Guarda para otro el consejo.
Soy tan ridículo yo
acaso? Mil veces no.

D. Brun. Lo eres más con tu despejo
y tu talento y tus años...

D. Ant. (Los años!... Ah!) La razon.
Pesan en mi corazon
muy terribles desengaños.
Bruno, Luisa no me quiere.

D. Brun. Al menos no te maltrata
como tú...

D. Ant. Bruno, la ingrata
ya hasta en mi honra me hiere.
Tú lo sabes. No pudiera
ocultártelo tampoco.

D. Brun. Mira, Antonio, que estás loco.
Como si posible fuera...
Mira las cosas con calma.

D. Ant. Con calma me estás diciendo,
cuando me estoy reprimiendo
despedazándome el alma?
Pues no me has acompañado
para ver al de la carta?
No le has visto?

D. Brun. Y qué?

D. Ant. Con harta
razon he desconfiado.
Con la paciencia de un santo

le he esperado.

D. Brun. Y bien!... y luego...

D. Ant. Aparentando sosiego
y mucho menos espanto
que tú, le visto, he escuchado
lo que me ha dicho aquel hombre,
á quien usurpa su nombre
ese vil que me ha ultrajado.

D. Brun. Y qué te ha dicho? que el ganso,
ó pollo, ó como se llame,
es un loco.

D. Ant. Es un infame.
Tal locura...

D. Brun. Ya me canso
de predicar en desierto.
Tu mujer es inocente:
no debe de un imprudente
pagar ella el desacierto.

D. Ant. Díme, quién le recibió?
Luisa fué.

D. Brun. Por vida mia!...
Mas tu hija...

D. Ant. Qué escucharia,
cuando tanto se afectó?
Dudas tú de ella?

D. Brun. No tal.
Soy yo un tonto como tú?

D. Ant. Entonces, por Belcebú!
explícame su fatal
turbacion. Algo notó
cuando...

D. Brun. La espantó aquel vicho.
Ni ella á mí nada me ha dicho,
ni le he preguntado yo.
Si dijo aquel monigote
alguna palabra fea,
solo hablará si desea
que en castigo le acogote.
Ella se obstina en callar,
él huye lleno de miedo.
Qué he de hacer? estarme quedo
y no volver de él á hablar.
Vive Dios! Cuando desprecio

la etiqueta de la córte,
quieres tú que yo me porte
aquí como tanto nécio?
Lo que es en aquel momento
le hubiera despedazado;
mas ya que todo ha pasado,
le perdono muy contento.

D. Ant. Yo no.

D. Brun. Ni yo á tí, si sigues
con esa loca manía.
Luisa te quiere aun hoy dia.
Mira, Antonio, no la obligues
á que en su enojo...

D. Ant. Oyeme.
Mi corazon voy á abrirte.
Esto que voy á decirte
á nadie más lo diré.

D. Brun. Bien, habla.

D. Ant. Bruno, mi esposa
solo tiene veinticuatro
abriles; yo la idolatro.
Más que jóven, es hermosa.
Há seis años me casé...
Ella á ningun otro amaba...
y yo...

D. Brun. Tú?... Vamos, acaba;
que todo eso ya lo sé.

D. Ant. Yo soy ya viejo.

D. Brun. Bah! bah!
Conque eres viejo?... Demonio!...
Pues si tú eres viejo, Antonio,
pronto lo seré yo ya.

D. Ant. Luisa á mí no me ha querido
con ese amor vivo, ardiente,
que una vez la mujer siente,
y ay! si no es por su marido!...
Fue solo agradecimiento
el amor que me mostró.
Ella misma se engañó:
su error es nuestro tormento.
Pasados los dias primeros
de la boda, ya empecé
á observarla... y ya dudé.

D. BRUN. Los celos son embusteros.
D. ANT. Dominando mi dolor,
aparenté indiferencia.
y ví ya hasta la evidencia
claro y patente mi error.
Con un afecto filial,
más que de esposa, me amaba,
y yo tambien afectaba
un cariño paternal.
No volví ya á ver en Luisa,
como el primer dia, la esposa
apasionada, amorosa;
sino la hija sumisa.
Y cuando dió á luz el niño,
que mi orgullo ser debia,
la ví exenta de alegría
en su maternal cariño.
Desde entonces, una carga
fue la vida para mí;
pero no la dirigí
jamás una queja amarga.
Sufrí contínuos desvelos
con muda resignacion:
ni oyó una reconvencion,
ni padeció con mis celos.
D. BRUN. No te empieces á alabar,
pues solo te has hecho el sueco
hasta que has visto el muñeco,
como aquel de mi lugar.
D. ANT. Pues bien: yo averiguaré
la verdad. A verle voy.
D. BRUN. Pero si...,
D. ANT. No pasa de hoy.
Esta noche le veré.
Quédate aqui hasta mi vuelta.
D. BRUN. Mas...
D. ANT. Lo exige mi amistad.
Hoy sabremos la verdad.
Es ya una cosa resuelta.
No temas...
D. BRUN. Pero...
D. ANT. Si acaso...
obraré como prudente.

Sea vil ó delincuente,
no daré jamás un paso
en mengua de mi honor, no.
Tampoco el rigor con ella
emplearé. A mi mala estrella,
más que á Luisa, culpo yo.
Ya todo lo considero
con calma: sé reprimirme.

D. Brun. Pero...

D. Ant. Nada has de decirme.
Quédate aquí, yo lo quiero.
No te apartes de ellas dos.
Nada la digas, si quieres
ser mi yerno.

D. Brun. Duro eres.
Muy bien: lo haré; pero...

D. Ant. Adios.
(*Váse por el fondo.*)

ESCENA VI.

Don Bruno.

«Nada la digas, si quieres
ser mi yerno.» Estamos bien!
Aqui tengo que quedarme.
Me alegro, por Isabel!
pero... Y yo, por otra parte,
nada por él puedo hacer.
Es tan terco y tan... Y ha dicho
que no me aparte... Pardiez!
Para no apartarme de ellas,
fuerza es que á su lado esté.
(*Llamando.*) Señoritas!... Y si acaso?...

ESCENA VII.

Isabel.—Don Bruno.

D. Brun. Estoy á los piés de usted,
como á los piés de la Virgen,

que adoran en San Andrés,
que es mi parroquia.

ISABEL. Jesús!
Qué galante!

D. BRUN. Por mi fé
no es galanteria, no;
es una pasion de diez
años, que he de conservar
mientras tenga vida.

ISABEL. Amen.
Solo falta que no tenga
celos, como...

D. BRUN. No tendré,
que á mí no me quiero mal,
y á usted la quiero muy bien.
Y Luisa?

ISABEL. Pronto saldrá.

D. BRUN. (Entonces me esperaré.)
Pero, Isabelica mia,
ahora me falta saber
si usted me querrá á mí tanto
como yo la quiero á usted.

ISABEL. Duda usted?

D. BRUN. Para agradarla
he tenido la sandez
de estudiar las ceremonias
de que siempre me burlé,
y veo que en la cabeza
no me las pueden meter.
Quiero que usted me conozca
como fuí, soy y seré.
Voy á enviar á paseo
al maestro de francés,
al sastre y al peluquero,
y al de la danza tambien.
Conque, clarico... usted quiere
ser mi señora mujer?
Clarico... Estamos á tiempo.
Dígamelo usté, Isabel.
Más quiero llorar ahora,
que verla infeliz despues.

ISABEL. Esa franqueza me encanta.
Yo seré franca tambien.

Desde mi más tierna infancia
he oido hablar mucho de usted,
y conozco su carácter,
tan noble, franco y cortés,
cualidades que aquí fingen.
No hay engaño más cruel,
y, ay! del alma generosa
que todo lo que oye cree.
Yo, que no soy ya una niña...

D. BRUN. Ni me lo haga usted creer,
no me pase lo que...

ISABEL. Cómo?

D. BRUN. Ya lo sabrá usted despues.
Siga usted.

ISABEL. Pues bien: conozco
lo que yo soy; sé tambien
lo que es usted, y gustosa
mi mano le entregaré.

D. BRUN. Bendita sea esa boca,
que es más dulce que la miel!
Pero... y Luisa?

ISABEL. Ahora saldrá.

D. BRUN. (Entonces me esperaré.)
Cuando seamos esposos,
que no debemos perder
más tiempo... Pero me ocurre
ahora un pensamiento.

ISABEL. Y es?...

D. BRUN. Le gusta á usté Almazarron?

ISABEL. Sí, señor. En mi niñez
fuí con papá, y aun me acuerdo
del pueblo, y de usted tambien.

D. BRUN. A mí viajar no me gusta.
Sentiria...

ISABEL. Acabe usted.

D. BRUN. Vendrá usted mucho á Madrid?

ISABEL. Cuando usted quiera.

D. BRUN. Muy bien.
Es que yo, adorada mia,
muy pocas veces querré.
Sin embargo, eso no quita:
si quiere usté alguna vez
venir á ver á su padre

vendremos.

ISABEL. El me irá á ver
los veranos. Además,
en nuestra casa tendré,
como usted, ocupaciones.

D. BRUN. Y si Dios nos dá el placer
de enviarnos un bello fruto...

ISABEL. No hable usted de eso.

D. BRUN. Isabel!...
Pero... y Luisa?

ISABEL. Ya vendrá.

D. BRUN. (Entonces me esperaré.)

ISABEL. Quiére usted verla?

D. BRUN. No... sí...

ISABEL. La llamaremos.

D. BRUN. (Cruel
celoso!...)

ISABEL. (*Llamando.*) Luisa!... Muchísimo
la debe usté agradecer.

D. BRUN. De veras?... Pues sin embargo,
quisiera esperar más bien
otro poco... aunque es preciso
que estemos juntos los tres.

ESCENA VIII.

LUISA.—ISABEL.—DON BRUNO.

LUISA. Se fué ya?

D. BRUN. Señora mia...

LUISA. Por qué no me has avisado?
sin duda te habrá enterado...

ISABEL. No sé nada todavia.

LUISA. No le has preguntado?...

ISABEL. No.
Si he salido hace muy poco...

LUISA. (No sabe aun... Su afan loco
por la boda...) (*A Bruno.*) Hable usted.

D. BRUN. Yo?
(Nada la digas, me dijo.)

LUISA. Dónde fué usted con Antonio?

D. Brun. Señora...
Luisa. Hable usted.
D. Brun. (Demonio!)
Si no lo sé á punto fijo...
Luisa. Se niega usté á responderme?
D. Brun. No me niego. (Bien estamos!)
Luisa. Entonces, hable usted. Vamos!
D. Brun. Es que... (Bueno voy á verme!)
Luisa. Oh! qué calma!...
D. Brun. Eso es efecto...
(Calla, Bruno!)
Luisa. Cielo santo!... (*Llorando.*)
No se atreve á hablar.
D. Brun. (Su llanto
me hace mal.)
Luisa. Y ese es su afecto,
esa es la amistad que usted
me aseguraba?
D. Brun. (Bien vá!...)
Luisa. Oh! buen consuelo me dá!
D. Brun. (Vá á hacer que caiga en la red.)
Señora... (*Conteniéndose.*) No, nada digo,
no puedo nada decir.
Luisa. Gran Dios! Qué acabo de oir?
Oh! siga usted, si es mi amigo.
D. Brun. Que siga?... (Si habré empezado?)
He dicho algo, Isabel?
Isabel. Don Bruno, está usted cruel.
D. Brun. Yo cruel!... Enamorado.
Luisa. Se niega usted á contestar?
D. Brun. Si no puedo responder.
Luisa. Hable usted.
D. Brun. No puede ser.
No volvamos á empezar.
Es un caso extraordinario.
Aquí mudos esperemos;
y para no hablar, podemos
rezar juntos el rosario.
Luisa. Se burla usted?
D. Brun. Bueno estoy
yo para burlas! No puedo.
Señora, cuando no cedo...
Luisa. Bien está. Entonces, me voy.

D. BRUN. Por amor de Dios, señora,
por San Bruno y San Antonio,
por la cruz del matrimonio
que tanto nos pesa ahora,
no se vaya usted, pues él
me ha dicho... (*Conteniéndose.*) Nada.
(Ah! qué idea!)
Cumpliré lo que desea.
Voy á hablar con Isabel.

LUISA. (Qué significa?... Está loco?)

D. BRUN. (*A Isabel.*)
Ya puede usted preguntar
que él no me llegó á encargar
que no hablara á usted tampoco.
(Vamos á ver si consigo
calmarla así.)

LUISA. Pero...

D. BRUN. Nada.
Usted estése callada,
que yo á usted nada la digo.
Vamos, pregunte usted. (*A Isabel.*)

ISABEL. Pero...

D. BRUN. Estoy pronto á responder.
Qué desea usted saber?
(Cumplir mi palabra quiero.)

LUISA. Pregúntale por piedad,
que la impaciencia me mata.

ISABEL. Hable usted.

D. BRUN. De qué se trata?

ISABEL. De mi padre.

D. BRUN. Ah! sí, es verdad.
Nunca le vi tan adusto
como ahora. Y vaya usté á ver,
por qué?

ISABEL. Usted debe saber...

D. BRUN. Es hombre de muy mal gusto.
Desesperado se queja
porque es muy jóven su esposa.

ISABEL. Cómo?

D. BRUN. Vaya! Es fuerte cosa!
Se merecia una vieja,
llena de reuma y flato
y amiga de pelendengues,

de esas que hacen tantos dengues
y quieren solo á su gato.
Oh! como yo fuera Luisa...

LUISA. (Qué dice?)

D. BRUN. Su gusto haria.
Vaya!... No me miraria
como á una hija sumisa.

LUISA. Pero...

D. BRUN. No hablo con usté.

LUISA. (*Aparte á Isabel.*)
Pregúntale dónde fueron.

ISABEL. Pero ántes, cuándo salieron
usté y papá...?

D. BRUN. Yo diré
al momento donde fuimos.

ISABEL. Dónde?

D. BRUN. Tras de un caballero,
llamado Tomás Guerrero.

LUISA. El que hoy aquí recibimos?

D. BRUN. (*A Luisa.*)
Yo á usted no la digo nada,
conque hágame usted el favor
(*Dirigiéndose á Isabel.*)
de callarse.—Pues señor...
Y ha sido tambien bobada
correr de acá para allá,
habiéndonos levantado
casi sin probar bocado
de la mesa!... (*Bostezando.*) Ah! ah! ah!...
Perdone usted.

ISABEL. No hay de qué.

D. BRUN. Sin almorzar vine aquí.

LUISA. Por favor, don Bruno!

D. BRUN. Sí:
no la digo nada á usté.

ISABEL. Adelante.

D. BRUN. El caballero,
que es ese mismo que expresa
en su carta la marquesa,
es en Madrid forastero.
Casualidad fué encontrar
su paradero, corriendo
fondas y casas... No entiendo

cómo se le pudo hallar.
Pero en fin, su casa hallamos;
el tal aun no habia acudido
á comer,—ya habrá comido,
dichoso él!—Le esperamos
un buen rato, y con sorpresa
no vimos al embustero
en el don Tomás Guerrero,
amigo de la marquesa.

LUISA. Qué escucho?...

ESCENA IX.

Dichos.—UN CRIADO.

CRIADO. Señora...
LUISA. Qué?
CRIADO. Don Amalio Amor...
D. BRUN. (El pollo!)
CRIADO. Pregunta por el señor.
D. BRUN. Si no está! Vaya, el muy loco!)
CRIADO. Me ha dicho que esperará
aunque no venga muy pronto.
Como hoy le recibió usted,
vengo á preguntarla...
LUISA. Cómo?
Es aquel que vino antes?
CRIADO. Si señora: el mismo.
LUISA. Oh gozo!
D. BRUN. (Qué dice?)
LUISA. Tengo que hablarle.
D. BRUN. (Ya se presenta otro escollo!)
LUISA. Dejadme á solas con él.
D. BRUN. Es imposible: nosotros
no podemos separarnos
mientras esté fuera Antonio.
LUISA. Le ha dado á usted esa órden
mi marido?
D. BRUN. (Soy un tonto!)
Señora...
LUISA. (*Al Criado.*) Dígale usted
que pase. (*Váse el Criado.*)

D. Brun. (Vamos, me embrollo
cada vez más.)
Luisa. Ya no quiero
ser una niña. Vosotros
como á madre me debeis
considerar.
D. Brun. Lo conozco.
Luisa. Vais á escuchar escondidos
un divertido coloquio.
Tú aquí.
(*A Isabel, haciéndola entrar en el gabinete de la izquierda.*)
Y usted... (*A Bruno.*)
D. Brun. Allí cojemos
los dos.
Luisa. Usté en este otro.
(*Señalando al gabinete de la derecha.*)
Pero ántes dígame usted...
D. Brun. Qué he de decirla? (Amor loco,
no hagas que desobedezca
lo que me ha mandado Antonio.)
(*Luisa coge un candelero y entra en el gabinete de la derecha seguida de Bruno.*)

ESCENA X.

Don Amalio.—El Criado.

Criado. Se fueron... Ahora saldrá
la señora.
Amalio. Bien está.
Criado. Puede usted tomar asiento. (*Váse.*)

ESCENA XI.

Don Amalio.

Dios mio, qué me dirá?
Oh! qué crítico momento!
Querrá ampararme indulgente
contra el furor de su esposo?

Querrá aliviar mi amoroso
afan?... Dios omnipotente,
calma á ese padre celoso!
Yo, que un porvenir risueño
contemplaba en lontananza,
al despertar de mi sueño,
miro por un lugareño
desgarrada mi esperanza!
Oh! qué vergüenza! qué oprobio!
Bien lo esplica aquí Tomás.
(*Leyendo una carta, que saca del bolsillo.*)
«Satisfaccion le darás
á su padre y á su novio,
ó á mis manos morirás.»
Y él cumple lo que promete,
y más cuando la razon
le sobra. Estoy en un brete!
Tengo que ser el juguete
de su justa indignacion.
Vengo á arrostrar un peligro,
por huir de otro más cierto.
Vaya, que escojo un buen puerto!...
Estoy por... Ah!... si no emigro,
ya puedo darme por muerto.
Huye, Amalio... Y dónde huiré?...
Mas vale hacer justo alarde
de heroismo y buena fé.
Buen cristiano, imploraré
perdon. Esto es ser cobarde?
Y quién sabe!... Ella, aunque uraña
antes huyó de mí, acaso...

ESCENA XII.

LUISA.—DON AMALIO.

LUISA. (Deshagamos la maraña.)
AMALIO. (*Lleno de admiracion al ver á Luisa.*)
(Gran Dios! Coincidencia extraña!)
—Qué seria!... Temo un fracaso!
(*Acercándose á ella.*)

Señorita!...

LUISA. Poco á poco.
Tenga usted juicio...

AMALIO. Yo juicio,
cuando me saca de quicio?...

LUISA. Caballero, es usté un loco.

AMALIO. No lo niego. Yo codicio...

LUISA. Alto. No diga usted más.
Su deseo es bien notorio;
mas no lo obtendrá jamás.

AMALIO. (Oh! despiadado Tomás,
por tí paso el purgatorio!)

LUISA. Mi hija no le quiere á usted.

AMALIO. (*Lleno de asombro.*)
Su hija de usted!...

LUISA. Quiere á otro.
No caerá nunca en su red.

AMALIO. Señora, por la merced
divina!... (Estoy en un potro!)
Su hija de usted?... Usté es madre?

LUISA. Madre y madrastra.

AMALIO. (Hado impío!)
Madre!... (Me ha dejado frio!)

LUISA. Lo soy, aunque no le cuadre
á usted, con gran placer mio.

AMALIO. (Es casada!... Mentecato!...
Y el pincel me ha hecho traicion!)

LUISA. (El pobre pasa un mal rato.)

AMALIO. (Si el marido vé el retrato,
colgado en la exposicion...
ay! qué será de mis huesos?)
(*Suplicante.*)
Señora...

LUISA. Basta!... No más.
No incurra en tales excesos.

AMALIO. (Y la he enviado tantos besos
(*Señalando al balcon.*)
cuando estaba aqui detrás.)
(*Saludando.*)
Señora...

LUISA. Espere usté un poco.

AMALIO. (Gran Dios! me llama!)
(*Mirándola con pasion.*)

Señora!...
Está usted encantadora!...
(*Luisa vuelve á otro lado la cabeza, Antonio aparece al mismo tiempo en el fondo, y lleno de cólera dá un paso hácia Amalio; pero se contiene, haciendo un esfuerzo al oir á Luisa. Al mismo tiempo Bruno sale del gabinete, y cogiendo por un brazo á Antonio, le hace entrar dentro y vuelve á cerrar la puerta.*)

LUISA. Y usted feo como un coco.

AMALIO. (Tonta!... Se cree seductora!
Ya no me gusta.)

LUISA. Ahora espero
que me diga á qué ha venido
esta noche, caballero,
y por qué antes ha fingido
llamarse Tomás Guerrero.

AMALIO. Señora... (Tiene el demonio
en el cuerpo esta mujer.
Qué mala debe de ser!)

LUISA. Mi esposo, mi buen Antonio...

AMALIO. (Ay! ay!)

LUISA. Lo quiere saber.

AMALIO. Señora, el amor...

LUISA. Amor?

AMALIO. Por su hija... (Estoy divertido!)

LUISA. Pero ella acaso ha podido?...

AMALIO. Sáqueme usted de un error,
que fatal para mí ha sido.
Detrás de esta cortinilla,
quién de ustedes me miraba?
Era la que yo pensaba?
Como el cristal tanto brilla,
y del cielo reflejaba
los brillantes resplandores,
ignoro ahora quién es ella,
si su hijastra, ó la doncella,
ó usted, tan jóven y bella
y digna de mis loores.

LUISA. Ja! ja! ja! Es muy divertido!...
Ja! ja! ja!

AMALIO. (Risa cruel!)

LUISA. (Pobre nécio presumido!)

AMALIO. Quién es ella?
LUISA. No: si es él.
AMALIO. Él! Quién es él?
LUISA. Mi marido.
AMALIO. (Su marido!... Trance fiero!...
Aquí estoy como el cordero
en la cueva del leon!...
Menos terrible es Guerrero.
(*Va á irse.*)
Me marcho sin dilacion.)
LUISA. Espere usted.
AMALIO. Esperar!...
LUISA. Voy á darle á usté un consejo.
AMALIO. (Si me llega aquí á encontrar!...)
Hable usted. (Me va á matar!
Está mal con mi pellejo!)
LUISA. Mi marido está celoso,
como padre de Isabel,
mi hijastra.
AMALIO. (Dios de Israel!)
LUISA. Líbrese usted de mi esposo.
Cuando se irrita es cruel.
AMALIO. Justamente estoy pensando
en librarme de su furia.
LUISA. Más, de qué modo?
AMALIO. Emigrando.
LUISA. Mas le aplacará implorando
perdon por tan grave injuria.
AMALIO. Pero, señora, perdon...
El mundo es intolerante,
y...
LUISA. Tenga usted reflexion.
Contra un padre no hay razon:
tal accion no es humillante.
AMALIO. (Buena idea!) Bien está.
Sí: le pediré perdon,
y todo se arreglará.
Creo que usted comprenderá
mi heróica resignacion.
Teme usted por su marido,
que se cree por mí ofendido?
Bien. Vivirá, por su esposa.
Me humillaré... Concedido.

Ay! es usted tan hermosa!
(*Antonio abre la puerta del gabinete y se dirige lleno de cólera hácia Amalio. Bruno le contiene.*)

ESCENA XIII.

Don Antonio.—Don Bruno.—*Dichos*..

D. Ant. El trasto!
D. Brun. Antonio!...
D. Ant. No más!...
Amalio. Ay!
D. Ant. Suelta! No necesito
escuchar más.
Amalio. (Yo tirito!)
Luisa. (*A Amalio.*)
Huya usted.
(*Amalio huye por la puerta del fondo, que Luisa cierra con llave.*)

ESCENA XIV.

Dichos, menos Amalio.

D. Ant. Por Barrabás!... (*Desasiéndose de Bruno.*)
Suéltame... La puerta cierra!...
(*Corre hácia la puerta del fondo.*)
Luisa. Váyase usté, y cierro aquí.
(*Señala á la puerta de la derecha.*)
D. Brun. Si ya...
Luisa. Quiero hablarle.
D. Brun. Sí...
Luisa. Su cólera no me aterra.
D. Brun. Es igual.
(*Entra en el gabinete de la derecha; Luisa hace en seguida una señal á Isabel, que se ha asomado por la puerta del gabinete de la izquierda, y ésta vuelve á entrar, cerrando por dentro, lo mismo que Don Bruno.*)

ESCENA XV.

ANTONIO.—LUISA.

LUISA. Ahora con calma
hablemos.
D. ANT. Luisa !...
LUISA. Lo exijo
por el amor de tu hijo,
que es el hijo de mi alma.
No hablo en nombre del amor,
que ya dísteis al olvido.
D. ANT. (*Confuso.*) Ah ! Luisa !...
LUISA. (Se ha conmovido.)
Hablo en nombre de tu honor,
de mi dignidad ajada,
por quien mi amor despreció,
y solo en su esposa vió
una niña atolondrada.
D. ANT. No : tu amor es mi ambicion.
LUISA. Mucho lo has disimulado.
Tú mi ternura has matado,
y es de otro mi corazon.
D. ANT. Luisa !... Qué dices? Pardiez !
LUISA. Silencio !... Yo mando ahora,
D. ANT. No temes ?...
LUISA. Nada.
D. ANT. Señora !...
LUISA. Yo te venzo en altivez.
D. ANT. (Gran Dios !... Y qué hermosa está!)
LUISA. Te hablo por la vez postrera.
D. ANT. Ah! Luisa !... (Me desespera !)
LUISA. (*Con ternura.*) Y te amaba tanto...
D. ANT. Ah !
LUISA. Oh ! por qué no me has querido ?
D. ANT. No te he querido yo, Luisa?
LUISA. Como á una hija sumisa;
pero no como marido.
D. ANT. Luisa, vivo mi amor arde...
LUISA. No te crees anciano ya ?
D. ANT. (Pardiez!... burlándose está !)

LUISA. Amigo mio , ya es tarde.
D. ANT. Tarde?... Sí : tienes razon.
Loco, tu amor he perdido,
y aun siento en cada latido
que es jóven mi corazon.
LUISA. Antonio !... (No puedo más!...)
D. ANT. Luisa !...
LUISA. (Otro esfuerzo.)
D. ANT. (Vacila.)
LUISA. Quiero ya vivir tranquila.
No quiero volver jamás
á sufrir tanto.
D. ANT. (Gran Dios !...
Qué quiere decir ? Me aterra !)
LUISA. Cese ya la horrible guerra
que sostenemos los dos.
Separémonos. Así
más tranquilos viviremos.
D. ANT. Luisa !... Nos separaremos.
LUISA. (Aun me ama !)
D. ANT. (Su amor perdí.)
LUISA. Sí: yo tengo á quien amar
con todo mi corazon.
D. ANT. Qué escucho ? Condenacion !
LUISA. Él me sabrá consolar.
D. ANT. Luisa, quién es ese hombre?
LUISA. El que posee mi cariño?
D. ANT. Su nombre!...
LUISA. Antonio, es un niño
y lleva tu mismo nombre.
D. ANT. Ah!... Perdon!
LUISA. Pobre celoso!
Olvidaste que eres padre?
Jamás una buena madre
puede faltarle á su esposo.
D. ANT. Al fin tu perdon consigo?...
LUISA Antonio, vuelve ya en tí.
D. ANT. Cuánto has sufrido por mí!
LUISA. Ese es todo tu castigo.
(Llamando y abriendo la puerta de la derecha.)
Isabel! Bruno!

ESCENA ULTIMA.

ANTONIO.—LUISA.—ISABEL.—BRUNO.

LUISA. El proceso
ha terminado ya, amigos.
Habeis sido mis testigos,
y en esto fuí con exceso
precavida. No teneis
que declarar.
ISABEL. Qué alegria!
D. BRUN. Ahora, manta! No hay tu tia.
D. ANT. Oh! sí, dármela debeis.
Pero el muñeco...
D. BRUN. Se fué
con un miedo!... Pobre chico!
(*Señalando á la puerta del fondo.*)
Si no cierra allí prontico...
LUISA. (*A su marido.*)
Muy cruel eres, á fé.
Y eso que el pobre, extasiado
solo tu mano miraba,
cuando convulsa agitaba
la cortina.—Te has portado!..
Te has dejado enamorar,
dándote á tí mismo celos.
D. ANT. Ya han cesado mis desvelos.
No te volveré á agraviar.
D. BRUN. Conque, Antoñico, es razon
que nos casemos?
D. ANT. Sí, sí.
LUISA. Pero no ha de ser aqui.
Iremos á Almazarron.
D. ANT. Lo aprueho.
D. BRUN. Esta decidido?
D. ANT. Que Dios te haga buen casado.
D. BRUN. Tengo mucho adelantado,
para ser un buen marido.
Si alguna vez el demonio
quiere hacerme sospechar,
sabré, Antonio, respetar

las leyes del matrimonio!
Es honrada la mujer,
si sabe honrarla su esposo;
si mala la cree él celoso,
al fin se lo hace creer.
Por todo el hombre atropella;
la mujer sabe ser fiel:
cien veces es traidor él
por cada vez que lo es ella.
Si hay guerra en el matrimonio,
ella con la culpa carga,
y á la corta ó á la larga
se la abandona al demonio.
En cualquier trance cruel,
en cualquier riña ó querella,
gritan todos: «Quién es ella?»
Yo pregunto: «Quién es él?»
Un ejemplo: cierto pollo
ha hecho el oso por la calle,
y todos al ver su talle
habrán dicho: «Aquí hay embrollo.»
A quién rondará el doncel?
Quién será la mujer bella...?
(*Al público.*)
Y ya veis que no era ella
la rondada, que era él.

FIN.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 7 de Abril de 1860.—El Censor de teatros, Antonio Ferrer del Rio.

COMISIONADOS DE ESTA GALERIA.

Adra, F. A. Robles.—*Albacete*, R. S. Perez.—*Alcalá de Henares*, E. Altés.—*Alcoy*, Paya é hijos.—*Algeciras*, R. Muro.—*Alicante*, A. Lloret.—*Almagro*, A. Vicente Perez.—*Almería*, L. Iribarne.—*Andújar*, D. Caracuel.—*Antequera*, J. M. Casaus.—*Aranda*, M. M. Fontenebro.—*Aranjuez*, J. M. de Prado.—*Avila*, N. P. Rocandio.—*Avilés*, V. Sanchez del Rio.—*Badajoz*, F. Coronado.—*Baena*, J. Fernandez.—*Baeza*, C. Treviño.—*Bailen*, J. M. Sellés.—*Barbastro*, G. Corrales.—*Barcelona*, A. Saavedra.—*Baza*, J. Calderon.—*Béjar*, M. Illan.—*Benavente*, P. Fidalgo Blanco.—*Berja*, L. Iribarne.—*Bilbao*, F. Fernandez.—*Borja*, M. Marco y Cadena.—*Búrgos*, T. Arnaiz.—*Cabra*, J. B. Cabeza.—*Cáceres*, J. Valiente.—*Cádiz*, J. M. Sellés.—*Calatayud*, F. Molina.—*Caravaca*, P Muñoz.— *Carmona*, J R. Dominguez.—*Cartagena*, J. Pedreño, hermanos.—*Castellon*, R. Matutano.—*Ceuta*, J. Molina é Ibañez.—*Chiclana*, M. Alvarez Sibello.—*Ciudad-Real*, Viuda de Gallego y sobrinos.—*Córdoba*, R. Arroyo.—*Coruña*, J. Lago.—*Cuenca*, P. Mariana.—*Daimiel*, R. G. Camarena.—*Ecija*, J. Giuli.—*Estella*, Silverio Josué.—*Estepa*, R. Pereira Gonzalez.—*Ferrol*, J. Lago.—*Figueras*, J. Bosch.—*Gerona*, F. Dorca.—*Gijon*, Crespo y Cruz.—*Granada*, J. M. Fuensalida.—*Guadalajara*, F. Sanchez.—*Habana*, Charlain y Fernandez.—*Haro*, P. Quintana.—*Hellin*, J. M. Paredes.—*Huelva*, J. de Osorno é hijo.—*Huesca*, M. Guillen.—*Jaen*, N. Hidalgo.—*Játiva*, J. Perez.—*Jerez*, F. Alvarez y Aranda.—*Jodar*, I. Coma y Prados.—*Leon*, M. Gonzalez Redondo.—*Lérida*. A. Lopez Morlius.—*Linares*, R. Carrasco.—*Logroño*, P. Brieba.—*Lorca*, A. Gomez.—*Lucena*, J. B. Cabeza.—*Lugo*, Viuda de Pujol.—*Llerena*, B. Guerrero.—*Mahon*, P. Vinent.—*Málaga*, J. G. Taboadela.—*Manresa*, P. Comellas.— *Manzanares*, R. Peñuelas.—*Martos*, R. Sibanto. —*Mataró*, J. Abadal.—*Medina del Campo*, C. Cruz.—*Medina Sidonia*, T. Ruiz Benitez.—*Mérida*, M. de Bartolomé Diaz.—*Monovar*, J. García Anton.—*Mula*, M. de Toro.—*Montilla*, J. Rodriguez Perez.—*Murcia*, A. Guerra.—*Ocaña*, V. Calvillo.—*Orense*. J Ramon Perez.—*Orihuela*, E. Aguiar.—*Osuna*, V Montero.—*Oviedo*, B. Longoria.—*Palencia*, G. Camazon. —*Palma de Mallorca*, E. Pascual y J. Gelabert.—*Pamplona*, J. Rios Barrena.—*Peñaranda*, N. Hernandez Pizarro.—*Pontevedra*, M. Verea y Vila.—*Puerto de Santa María*, J. Valderrama.—*Puerto Real*, V. Solves y Gomez.—*Puerto-Rico*, J. Mestre. en *Mayagüez*.—*Requena*, R. Ripollés.—*Reus*, J. B. Vidal.—*Rioseco*, M. Prádanos.—*Ripoll*, L. García.—*Ribadeo*, F, Fernandez de Torres.—*Ronda*, R. Gutierrez.—*Salamanca*, T. Oliva.—*Sallent*, D. Malagarriga.—*San Fernando*, J. Tellez de Meneses.—*Sanlúcar*, J. M. Villar.—*San Sebastian*, I. R. Baroja.—*San Lorenzo* S. Herrero.—*Santa Cruz de Tenerife*, P. M. Ramirez.—*Santander*, P. Basañez.—*Santiago*. B. Escribano.—*Segovia*, J. Sancho Pulido.—*Sevilla*, F. Alvarez.—*Soria*, F. Perez Rioja.—*Talavera*, A. Sanchez de Castro.—*Tarazona*, P. Veraton.—*Tarifa*, J. Mariano Piñero.— *Tarragona*, J. Pujol.—*Tarrasa*, F. Ubach,—*Teruel*, V. Castillo.—*Toledo*, J. Hernandez.—*Tolosa*, J. M. de Llama.—*Toro*, A. Rodriguez Tejedor.—*Torrevieja*, A. Vela.—*Trujillo*, S. Bravo.—*Tudela*, M. Izalzu.—*Ubeda*, C. Treviño.—*Valencia*, F. de P. Navarro.—*Valaldolid*, A. Gutierrez.—*Vigo*, A. Martinez y Forlany.—*Villafranca de los Barros*, J. Guerrero y Romero.—*Villanneva y Geltrú*, Creus y Bertran.—*Vitoria*, S. Hidalgo.—*Zafra*, A. Oquet.—*Zamora*, M. Conde.—*Zaragoza*, M. Diaz.

La Administracion se halla establecida en la calle de las Huertas, número 72, *piso* 2.°

Esta galería dramática, como lo indica el título que se ha elegido para ella, no solo publicará producciones teatrales de toda especie, sinó que tambien contendrá cuanto es necesario para ponerlas en escena, como son papeles de estudio, listas de guardarropia alta y baja, de maquinaria y de sastreria, guion para traspuntar, etc.. proporcionando de este modo á las empresas economía en el escrito y facilidad en presentar las obras al público, y evitando trabajo á los directores de escena. Dichos papeles, listas y guiones se hallarán de venta en casa de todos los corresponsales de la galería, á fin de que se puedan adquirir tan pronto como se necesiten

PRECIOS.

Producciones en un acto.	4	rs. vn.
Idem en dos actos.	6	»
Idem en tres ó más actos.	8	»
Papeles, listas y guion para las obras en un acto.	6	»
Idem, id. id. para las obras en más de un acto.	12	»